

FBI



BY
JIM MURRAY

Legión
Extranjera

JIM MURRAY

LEGION EXTRANJERA



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1954
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid.

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|--|---|
| 1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1). | 178. Hay que saber morir (7). |
| 4. El cobarde (3.ª ed.) (1). | 179. Grita una mujer (5). |
| 8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3). | 183. Morir no es fácil (3). |
| 11. Shanghai (3.ª ed.) (1). | 184. La silla espera (5). |
| 18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4). | 185. Falsas apariencias (33). |
| 19. Alta traición (2.ª ed.) (2). | 186. Cien blancos en el infierno (31). |
| 20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1). | 187. Ojos en la noche (4). |
| 21. El delator (6). | 188. Problema resuelto (33). |
| 22. Armonías de muerte (3). | 189. El disco rojo (29). |
| 23. Destinos cruzados (1). | 190. Una pista en Ceylán (24). |
| 25. Una ciudad abierta (4). | 191. La heredad de los Lawson (34). |
| 27. La muerte alada (3). | 192. La pista perdida (5). |
| 28. Doctor X (1). | 193. Misión de guerra (15). |
| 30. Trampas mortales (5). | 194. El crimen de las esmeraldas (35). |
| 166. Precinto «C» (3). | 195. Muerte robada (29). |
| 167. Un hombre (1). | 196. El agente fantasma (5). |
| 168. Yo, el juez (4). | 197. Confesión (4). |
| 169. El capitán de su alma (5). | 198. La muerte de Loise Bernard (34). |
| 171. Fuego en la sangre (29). | 199. Zona de ocupación (17). |
| 172. ¡Ultimátum! (4). | 200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1). |
| 173. El ángel de Harlem (5). | 201. 30.000 dólares (36). |
| 174. El quinto viajero (3). | 202. ¡Ni un paso atrás! (5). |
| 175. Agente núm. 1 (4). | 203. Viaje sin final (29). |
| 176. Rata acorralada (14). | 204. Pistas truncadas (27). |
| 177. A una carta (3). | |

206. Gran Hotel (38).
 206. La coartada falló (7).
 207. Lydia (3).
 208. El peso de la Ley (30).
 209. La única oportunidad (28).
 210. Aquelarre (4).
 211. La muerte ronda (33).
 212. Error fatal (39).
 213. Hacia el abismo (7).
 214. Ojos delatores (37).
 215. Reporter de sucesos (4).
 216. ¡Fugitivo! (40).
 217. Rehabilitación (33).
 218. El extraño agente (5).
 219. No escaparás de mí (8).
 220. La garra enguantada (4).
 221. Sombras en rojo (37).
 222. Aprendiz de policía (30).
 223. Torrente de pasiones (5).
 224. Lazos rotos (33).
 225. Muerte en la carretera (4).
 226. Sangre de periodista (23).
 227. Hielo caliente (27).
 228. Dos vidas (3).
 229. Cara es la victoria (30).
 230. Uno contra todos (28).
 231. La Ley y él (5).
 232. Oscura traición (41).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|--------------------|---------------------|
| (1) Alf Manz. | (16) Alan Carson. | (30) Jim Murray. |
| (2) Fred Baxter. | (17) Alv Cortroa. | (31) Sand Burl. |
| (3) Frank McFair. | (18) Jack Grey. | (32) Joe Greig. |
| (4) Eddie Thorny. | (19) Edgar Ford. | (33) Bill O'Creigh. |
| (5) O. C. Tavin. | (20) Andre O'Sun. | (34) Don Lassister. |
| (6) Alar Benet. | (21) Fel Marty. | (35) John Est. |
| (7) A. G. Murphy. | (22) Dana Yonell. | (36) Edward Good- |
| (8) Lewis Haroc. | (23) Al Gallard. | man. |
| (9) J. L. Martin. | (24) Chester King. | (37) Angelo de Tar- |
| (10) Jack Brooklyn. | (25) Josep Tell. | turis. |
| (11) Thomas Settee. | (26) Med Ryman. | (38) Gary Belsan. |
| (12) John Nebot. | (27) Lou Dark. | (39) Paul Coster. |
| (13) Thomas Wan- | (28) Jan Hutton. | (40) Herman Tel- |
| son. | (29) Richard Jack- | igon. |
| (14) F. N. Graw. | son. | (41) Anthony Cuni- |
| (15) Robert Deaf. | | ller. |

Al inteligente escritor, Jan Hutton, con fraternal afecto.

EL AUTOR.



I

RROJADO a tierra como un guiñapo, Alan Curtis contemplaba con ojos vidriosos su botella de ajenjo. Apenas contenía ya licor, y la hora problemática de pagar se aproximaba. Más pronto o más tarde, la zaragata era inevitable, y lo que el joven rubio buscaba era un pretexto plausible para ella. La mecha que acercase yesca al polvorín de sus planes.

Alrededor, distribuidos por las distintas mesas de la taberna, había varios europeos. Abundaban allí, pese a hallarse en África, sobrepasando a los nativos; y estaban todos ellos igualados por el uniforme y el sudor, por el hastío. Sin duda buscaban, por distinto camino que Alan, el medio de desentumecer sus músculos con un alarde de acometividad.

Lo mismo que aquel cafetín estaban todos los de Tessala, y se podía asegurar que los de Marhoum y Saida, Beni-Hadd y Tlemcen, Bou Hadjar... Los aduarez y poblados que rodean el Banderín de enganche de la Legión francesa en Sidi-Bel-Abbes se hallan recargados de personal de toda laya, pudiendo encontrarse, sin dificultad, individuos de cualquiera de las naciones del mundo. De las razas más dispares y antagónicas.

Los legionarios son, igualmente, distintos entre sí, y se aborrecen cordialmente—si puede emplearse la palabra con propiedad—. Clases, suboficiales y tropa contribuyen, cada uno por su parte y en su medida, para crear, en aquel rincón caliginoso y ardiente, una digna réplica del infierno. Y con la colaboración del sol y del alcohol, desatan sus pasiones más tumultuosas.

Cierto es que a la hora de la lucha desaparecen animosidad y rencillas frente al enemigo común, y al sentimiento del deber y la disciplina. Pero en los días de asueto, cuando hallarse fuera del cercado espinoso del campo y los cuarteles supone un poco de alegre retozar, cada legionario es dinamita pura. Unas veces descargan su veneno entre ellos; otras esperan la ocasión de poner

al descubierto su dureza y agresividad con un extraño. Parecen sostener la peregrina teoría de que, como han de morir, deben llevarse por delante la mayor cantidad de seres de este mundo.

Así, en virtud de favorables circunstancias, Alan Curtis estaba esperando a que el cantinero le diese un pretexto para armar camorra. Y los legionarios distribuidos por el local—para quienes el advenedizo debía parecer un ratón gordo y lustroso en una asamblea de gatos—aguardaban pacientemente un momento para intervenir contra el rubicundo. Todos a una o por separado, que en esto no había egoísmos ni emulación.

Alan carraspeó, y el silencio a su alrededor se acrecentó, extraño, ominoso, casi tangible. Le hizo darse cuenta de que algunos tipos atrabiliarios estaban pendientes de sus movimientos.

—¡Hola! —exclamó, a ver lo que pasaba.

Los legionarios apenas se decidieron a parpadear, atacados de repentina mudez, como si quisieran hacer méritos para ingresar en el famoso museo de figuras de cera de madame Tussaud.

—¡Hola! —repitió Curtis, con voz bronca.

Uno de los de la Legión se levantó y avanzó con el andar flexible y perezoso de un tigre. No parecía tener prisa, pero todo en su actitud era engañoso. Igual que la sonrisa que florecía al borde de sus labios.

—¿Es algún nuevo juego? —preguntó, deteniéndose ante la mesa del joven—. Eso de “Hola, hola”, me refiero. ¡Me gustaría aprenderlo! —dijo, torciendo el gesto.

—Hacen falta otros dos más como tú, pero que abulten un poco más —aseguró Alan, sopesando con la mirada al del rostro patibulario.

El intruso tenía la nariz torcida, la barbilla saliente como la quilla de un rompehielos, y la frente tan estrecha, que se ignoraba si el arranque del pelo empezaba en las cejas. Todo en él era chato y deforme, bestial. Las pupilas pardas, con irisaciones bermejas, no se apartaban del rostro franco y enérgico de Curtis; de los cabellos rubios, que formaban un marco dorado; de las pupilas grises, de cortante mirar.

—¿Es una broma? —preguntó aquel a quién le habían llamado alfeñique.

—Es parte del juego —aseguró Curtis, procurando hacer resaltar en sus frases el acento alemán.

El tipo chato dio un silbido, y en el acto, otros dos, auténticos colosos, se acercaron a La mesa de Alan. El joven los enfrentó, desapasionado, escrutador.

—Sí; creo que servirían —dijo a su interlocutor—. Ahora, cada uno de vosotros tiene que empezar con cien francos. No se admite puesta menor...

Los tres legionarios cambiaron entre sí una mirada que era todo un poema. El de la nariz de garabato explicó:

—Sí; nos gusta el juego...; merece la pena. Y si no... nos divertiremos de todos modos; Adelante.

Los tres hombres pusieron cien francos cada uno. Y, so pretexto de examinar cuidadosamente la moneda, Alan recogió los billetes y se los guardó en el bolsillo.

—Ya está el juego —dijo—. Ahora... empieza la juerga.

—Suelta eso, nene —ordenó uno de los damnificados.

—Nada de soltar —aseguró Alan, muy convencido—. Me disteis el dinero, y cumplí las bases del juego. Os diré que el título del juego es “Los tres imbéciles”, y que lo he practicado con mucho éxito en otros lugares.

De que era algo gracioso, tuvieron bien pronto la prueba. En cuanto el público advirtió la broma en que habían caído los tres legionarios. Y que era un asunto movido, pudo comprobarse a continuación. No solo por el público del local, sino por todos los vecinos del aduar. Porque se formó un espantoso guirigay de gritos y denuestos.

—Ven aquí, “boche”, que te voy a pelar —dijo uno de los legionarios, muy decidido.

—“Nein!” —contestó Curtis.

De inmediato se libró de las tres fieras, que se precipitaron sobre él convergiendo desde distintos ángulos de la sala. Y como su mejor deseo era despejar una situación confusa, aplicó al de la nariz ganchuda un “uppercut”, que lo levantó materialmente en el aire.

Los otros dos compañeros se arrojaron a una sobre el paisano, desde norte y sur. Y al pillarle entre dos fuegos, menudearon las pruebas de reconocimiento. Los saludos iban envueltos en puños, y lanzados con una violencia verdaderamente homicida; pero el solitario antagonista era tan ágil en el ataque como en la esquivia, y pudo eludir el grueso de las “caricias”.

El cantinero daba gritos de alarma, tratando de evitar el estropicio. Al fin, Convencido de que no era posible, se limitó a guardar debajo del mostrador las botellas que adornaban las estanterías y a lanzar miradas a la puerta del local. Para evitar que los “olvidadizos” aprovecharan la coyuntura para marcharse sin pagar.

Alan y dos de sus contrincantes luchaban sin darse un momento

de tregua. El otro —el de la nariz en forma de garabato— había caído a las primeras de cambio. Y sin estar plenamente “groggy”, se rebullía en el suelo, obstaculizando a sus compañeros y a su enemigo por igual. Pero los tres combatientes eran bastante para convertir el cafetín en un escenario bélico. Para desesperación del tabernero.

Mesas y sillas iban siendo abatidas como frágiles cañas, desmenuzadas lenta y fatalmente por los gladiadores. La lucha adquiría una espectacularidad efectista y ruidosa, demoledora. Parecía como si un diminuto tornado hubiese tomado como epicentro el local, en paz segundos antes.

En el fragor de la lucha, los pasos de Alan, en su continuo ir y venir, se dirigieron de modo sensible hacia la puerta. Ya en la calle enrolló un billete de mil francos y se lo arrojó al hombre del mandil listado, que recogió el dinero en el aire.

—Son dos más, “m-siú” —gritó, señalando el destrozo de mesas y banquetas.

—Ahí va otro, y es bastante —contestó Alan—. Estos, que han buscado pelea, deben pagar lo suyo. No sería justo que...

No pudo terminar la pieza oratoria, porque el resto de una banqueta cobró de pronto deseos de volar. Más aún, de convertir la cabeza del joven rubio en campo de aterrizaje. Pero el solitario luchador no perdía un detalle, y agachó la cabeza, esquivando por una fracción de pulgada el proyectil. Que recibió el adversario que le atacaba por la parte sur, quedándosele casi hincado en plena mejilla.

—¡Miserable! —exclamó Alan, denotando gusto por lo truculento.

Se dirigía al que arrojó la pata de la silla, no al que la recibió en su rostro de modo tan generoso. Lo cierto es que, entre los dos que quedaban en pie, se desarrolló una lucha homérica, sorda e ilustrada, por los variados objetos con que se gratificaban.

El resuello de ambos hombres parecía el del fuelle de una fundición. Sus camisas y pantalones estaban empapados de sudor. Y avanzaban y retrocedían al luchar, plegándose a las limitaciones del local.

Alan recibió una “serie” impresionante, que hubo de encajar, mal de su agrado. Y cuando un golpe en tirabuzón venía dispuesto a partirle el rostro y a deformárselo de por vida, supo eludir y castigar a su vez. Amagó un “jab”; pero lo que lanzó a continuación, con el mismo puño, fue un directo capaz de abatir una de las encinas del Atlas.

El adversario se desmoronó desde lo alto de su poderío. De modo mecánico buscó un arma blanca, y, en efecto, la sacó empalmada en la mano. Con tal firmeza como si hubiese crecido allí, con su propietario, desde ocho lustros atrás.

Alan dio un salto de lado, y rodó por el suelo. El primer enemigo caído supo inmovilizarle un pie cuando más falta le hacían ambos para salir de aquella ratonera maldita. Y ya el rival armado acudía a su encuentro.

Curtis dobló las piernas, protegiendo su vientre. Y lanzó un alarido capaz de ser oído en Túnez o en el mismísimo Dakar. Era un aviso y una amenaza.

La mesa detrás de la que había rodado saltó hacia el frente como impulsada por una ballesta de acero. Recorrió gran parte del local, y fue a estrellarse contra la puerta, justo en el momento en que esta se abría, y una patrulla de vigilancia penetraba en el antro.

—“Sacre nom d’un nom!” —gritó una voz estentórea, mientras dos legionarios, pistola en mano, dominaban la situación.

—Estábamos jugando, mi sargento —explicó, con inefable expresión, el individuo que había sacado el arma blanca.

Naturalmente que ya no la tenía en su poder. Se había dado una prisa diabólicas en clavarla en el tablero de una mesa, por la parte de abajo. Y en aquella situación parecía un angelote, incapaz de seguir viviendo en un mundo minado por la maldad y la podredumbre.

El de la nariz torcida se levantó cómo pudo y se apoyó sobre el respaldo de una silla. Pero tal vez porque esta se hallaba accidentada también, o que calculó mal el centro de gravedad, lo cierto es que volvió a dar de cabeza en el suelo, levantando una nubecilla de polvo ocre.

El sargento, especulativo, estaba haciendo inventario del desastre. Y visiblemente, lo que más furor le causaba era la situación deplorable de tres de sus hombres afrente a un forastero; un “parvenu” de la ciudad, un hombre que acudía al Departamento a dar lecciones de dureza a “sus” legionarios.

—No está mal —murmuró, sombrío, McKroly, el sargento irlandés—. “Cara de Ángel”, Deschamps y Deb-Dou hechos papilla por un solo enemigo. ¿Podréis explicarme esto, sabandijas?

Había tal entonación retorcida y amenazadora en la pregunta, que los dos hombres conscientes sufrieron un estremecimiento, y el mismo insensible pestañeó. Trató de levantarse del suelo, al verse centro de la curiosidad pública, y lanzó un gemido.

—¡Ira de Dios! —gritó el sargento, a punto de sufrir un síncope

—. ¿Es posible que tenga que remolcar, yo mismo, a estos tres inútiles?...

—Yo le ayudaré —indicó Alan, inclinándose hacia el más contuso de todos.

Hizo una especie de reverencia, que tuvo por resultado que el hombre del suelo quedase adherido al torso del vencedor como una lapa. Elevando el cuerpo recio y poderoso, Curtis ballesteó con el inconsciente entre sus brazos. No parecía pesarle ni estorbarle en demasía.

Afuera está el “jeep” —indicó McKroly, sonriendo espantosamente—. Haga la gracia completa y acompáñeme hasta el campamento. Es necesario que el comandante me crea, y lo hará si usted declara lo que sucedió. De todas formas, no lo pasarán muy bien... —dijo, señalando a los caídos.

Encogiéndose de hombros, Alan avanzó con su carga hasta el coche. Y dejó a un ex combatiente en postura absurda, volviendo al cafetín. El sargento entregaba al dueño del establecimiento unos cientos de francos.

—Lo de siempre... —indicó, con palabras veladas.

—Muchas gracias, capitán —dijo el cantinero, con evidente ignorancia de los emblemas militares o un exacto conocimiento del halago—. Ahora, el género es más difícil de reponer...

Alan no pareció preocuparse de la conversación. Dos hombres hablaban de los desperfectos ocasionados por él y los otros combatientes; pero, en realidad, se estaba tratando de su propia venta como género negociable. Y en cualquier fecha y lugar, el dueño del cafetín aseguraría que Alan accedió a ser enrolado, en la Legión, como Hans Pfeiffer, de Hamburgo, sin oficio ni beneficio.

Los sistemas de reclutamiento no son siempre un ejemplo de ortodoxia. Y en todas partes, entre aventureros, el alcohol y el engaño han enrolado bajo la bandera bicolor más legionarios que el más hábil propagandista.

Sin embargo, Alan no iba engañado ni aun en aquella situación. Su presencia en Tessala, y el incidente del que formó parte activa, tenían su explicación. Quería ingresar en la Legión como medio para ser destacado, después, a Indochina.

En realidad, era agente especial del F. B. I., y su labor descubrir cuándo, dónde, cómo y por qué se perdía el armamento americano con destino a la amenazada península oriental.

El material yanqui enviado al Gobierno francés contra los rebeldes del Vietminh era, en su mayor parte, capturado o destruido por el enemigo antes de que se utilizara siquiera nominalmente. La

última remesa de material—aviones y piezas de recambio—fue incendiada nada más tomar tierra en un aeródromo francés, en territorio del Vietnam.

¿Había enemigos camuflados entre las tropas y el elemento civil francés? ¿Quién o quiénes saboteaban la ayuda americana? Desde luego, no era posible entre los pilotos e instructores yanquis, pues los hechos continuaron sucediendo, a pesar de ser sustituidos por nuevos voluntarios.

Por todo esto —luego de una lucha que había de darle el espaldarazo entre aquellos seres de probado temple, y sin que conociesen su actuación ni su verdadero nombre los altos jefes militares galos—. Alan Curtis entró a servir en las filas de la Legión bajo la advocación de Hans Pfeiffer, de Hamburgo. Y alegó entre sus conocimientos—un poco a regañadientes—haber servido en la Luftwaffe y en la aviación civil, y entre sus defectos tener una terrible debilidad por los productos alcohólicos.

—Claro está que me interesa trabajar como especialista —indicó, con desparpajo—. Entre otras razones, porque al ganar más, podré quitarme las telarañas del gazon con mayor frecuencia.

El sargento McKroly tuvo la rara habilidad de desaparecer de la oficina de enganche en cuanto Alan firmó la hoja que le ponía bajo el control de la Unión Francesa. La “víctima” no pestañeó al aceptar una de las más severas disciplinas castrenses. Y sabiendo que, al final de su carrera, fatalmente, estaba el terrible escenario de Indochina, donde la lucha no era una batalla de flores. Y es que iba al África dispuesto a ello. La Legión era el vehículo, de antemano elegido, para llegar a su meta.

El sargento McKroly no le tenía miedo al mercenario, ni al propio diablo en persona. No eludía su encuentro porque temiera por su físico, cuando al tipo se le pasaran los efectos del alcohol. Le había amenazado con encerrarlo por agresión a tres “pacíficos y bondadosos” legionarios, y la opción no era dudosa. Preparaba la trampa en la que había de humillar al hombre que le ofendió en su amor propio profesional y patriotero. Y le interesaba no destacar demasiado a su lado, con miras ulteriores a una broma que hiciese época en la historia del Banderín de enganche.

Gran parte de la noche se la pasó cavilando sobre el método a emplear para embromar al joven coloso. Profesaba una cordial antipatía a los alemanes en general y al falso Pfeiffer en especial. Y cuando, al fin, creyó haber encontrado la fórmula para vengarse de él, se tendió voluptuosamente en su yacija.

II



NA y otra vez, Curtis trató de apartar su figura de la curiosidad popular. Pero fracasó.

Y no ya porque tuviese una talla extraordinaria, ni siquiera porque su corpulencia le hiciera destacar en aquella colección de auténticos colosos. La explicación era que Alan Curtis tenía lo que unos llaman “karma”; otros “ananké”, y en un sentido más moderno y cosmopolita, “appeal”. Atraía, simplemente; como la piedra imán, despertaba afinidades o repulsiones de modo automático.

Pero en la especie de Babel perdida en el desierto, en el caos legionario de Sidi-Bel-Abbes, llamar la atención significaba, de todos modos, sentar patente de originalidad. Desde su llegada, hacía una semana, Alan separó —sin tocar sus cuerpos— a enemigos y adictos, y lo hizo con el solo acto de su presencia. Un autocontrol rigurosísimo le permitió anular su personalidad durante los ejercicios de instrucción; pero hubo quien sugirió —muy en serio y en la esfera de los oficiales— hacer a Curtis caminar entre los reclutas llevando, en vez de un fusil, un “bazooka”.

La idea no prosperó; pero no hubiese constituido gran menoscabo para Alan. A pesar del tórrido calor y de las burlas no metros inclementes de los veteranos, hubiera continuado sus horas de instrucción sin dar muestras de flaqueza. No era un superdotado fisco, pero su enorme voluntad podía compensar la fortaleza de un atlante, y sacarle ventaja a la larga. Curtis era el hombre que se suele llamar sin nervios, precisamente por tenerlos maravillosamente educados.

Rubio, con ojos grises y sonrisa siempre a flor de labios, su aspecto infantil engañaba, asimismo. No era posible sentirse profeta ni frenólogo frente al jovial y estruendoso pseudoalemán. Era mucho más sencillo equivocarse. Sin ser hipócrita por sistema, todo en el tipo era ficción, incluso su nombre y su presunta nacionalidad.

Pero ¿qué importaba esto en el Banderín de enganche de la

Legión Extranjera? Francia contrataba seres capaces de esgrimir un fusil, y de permanecer, voluntariamente, lo más cerca posible de la muerte. En realidad, el cuarenta por ciento de los enrolados eran carne presidiable, y se sabía. Incluso constaba que había allí desertores del Ejército regular francés. Pero se habían comprometido por escrito a servir en la Legión, so pena de recibir —desde un extraño ángulo de enfoque— unas cápsulas de plomo.

Otros de los duros aspectos de la vida de campamento eran las bromas para los reclutas. Aunque muchos de ellos eran aventureros que estaban de vuelta ya de todas las truhanerías, era inevitable someterse a la novatada; sé sobrentendía al penetrar en un espacio acotado, donde tahúres, jaques y matasietes mantenían otra disciplina, tan severa como la castrense.

Quién, a medianoche, sentía que su cama —antes firme y sólida— se atomizaba, dando con el cuerpo de su ocupante en el santo suelo. Otros “perdían” misteriosamente la paga de la primera semana. Y se recordaba el caso del individuo que, en el cuarto de desinsectación, permaneció encerrado durante una hora, estando muy próximo a pasar, después, de la enfermería al depósito judicial.

Y naturalmente, la novatada que se preparó a Alan fue algo a tono con la impresión de potencia que causaba. Contemplándole meditabundo, el sargento McKroly —alto, recio y pelirrojo— le ordenó:

—Búscate un par de veteranos más, recluta, que no sean blandos. “Tenemos” que hacer un trabajito...

Encontrados los dos voluntarios auxiliares, Curtis llegó al taller de cerrajería del campamento. Allí esperaba ya el sargento, con sus dos inseparables voceros —Chil y Bradford—, a quienes algunos llamaban “Boceras”.

—Ejem... —carraspeó el irlandés, que se había ganado los galones en un campeonato de gastronomía, en los buenos tiempos—. Venid aquí, vosotros. Hemos de trasladar de sitio la bigornia...

Sin duda, los veteranos elegidos por Alan estaban en el secreto; Si no de aquella broma, de otras semejantes. Lo cierto es que, dirigiéndose al armatoste de acero, lo sujetaron con notoria agilidad por la mole de madera donde estaba empotrada. Dejándole a Alan lidiar la res de los dos cuernos metálicos, el de estrías en ángulo y el de contorno cilíndrico.

—Agárrate bien, condenado —excitó el sargento.

El joven echó un brazo por cada uno de los ramales del yunque, capaz de necesitar una grúa para ser movido de sitio. No protestó por la orden, ni tampoco por la manifiesta mala fe de sus

compañeros al sujetar la descomunal herramienta de la única parte que no podía escurrirse. Aguantó la dificultad, mientras esperaba la orden del sargento.

Pero McKroly pareció, de pronto, atacado de una extraña incertidumbre. Ordenaba mantener el artefacto en vilo, o lo mandaba transportar de un extremo a otro del local de la herrería. Haciéndole pasar numerosas veces por el mismo sitio. Sus dos satélites estaban haciendo esfuerzos para no reventar de risa.

—¿Pesa, muchacho? —preguntó el irlandés, benévolo, viendo que el sudor se deslizaba por la amplia camisa del legionario, empapándole las Espaldas.

—Casi nada, señor... —contestó Curtis, con aire indiferente.

En realidad, estaba derrengado ya. Los músculos del cuello, sobre todo, empezaban a estallarle, y un hormiguillo le iba desde los hombros y la clavícula hasta las yemas de los dedos, barruntando el desplome definitivo.

—Traedlo aquí. Sí; creo que es lo mejor —dijo el sargento—. Buena luz y... ¡Pero no! ¡Qué lástima! En esta parte, las chispas podrían quemar el piso de madera. Veamos, valientes...

La inútil tarea siguió, extenuante. Y una de las veces en que el sargento pasó al lado de los tres legionarios, cargados como mulos, la bigornia basculó y fue a pillar el pie del irlandés. En el acto, toda la mitología nórdica salió a relucir con su más viril nomenclatura.

Precipitándose con una velocidad terrible, el causante del accidente—Alan —trató de desprender el yunque del pie del sargento. Este aullaba y pretendía colaborar, así como los otros dos legionarios. Pero lo cierto es que Curtis, fingiendo tirar del instrumento de acero, lo empujaba para el suelo, mientras renegábanle la falta de fuerzas de sus ayudantes y de él mismo.

Al fin, cuando le pareció sobradamente castigado el jocosos irlandés, dejó de hacer obstrucción, y el yunque fue apartado. Cuando se llevaban al sargento hacia la enfermería, Alan parecía su entrañable hijito, dirigiéndole preguntas afectuosas. Y al recuperar el coloso la voz—pues la invocación airada de los míticos seres nórdicos le dejó en momentánea afonía—, preguntó al “alemán”:

—Oye, Hans... ¿estuviste tratando de ayudarme, o querías ponerme por lápida ese maldito yunque?

—¡Mi sargento! —exclamó Alan, con voz dolorida.

No dijo más, ni era necesario. Había sabido encontrar en la palabra el exacto matiz, la entonación perfecta. Curtis excluía la suposición con una especie de dignidad ofendida, con esa parsimonia teutona cien por cien.

Sólo los dos legionarios que ayudaron a Curtis a transportar la bigornia podían decir algo. A ellos les constaba que, por debilidad o ira, Alan había soltado. Pero una de las ventajas de la Legión es que no admite la soplonería. Desdichado del que intente darse ese gustazo en perjuicio de un camarada. Una ley no escrita, pero aceptada tácitamente por veteranos y reclutas, haría imposible la vida del culpable.

Y le traería cuenta desaparecer de Sidi-Bel-Abbes, o del mundo de los vivos. ¡Un delator en la Legión! Las mismas piedras se crisparían de horror al pensar en la “vindicta” del campamento en masa.

Alan Curtis podía estar tranquilo: nadie le descubriría. Y el sargento John McKroly, de cualquier modo, tenía cojera y enfermería para una temporada.

Al enjuiciar al pseudoalemán y sus reacciones, lo menos que pudo pensar de él es que era un individuo que se había enrolado con un fin distinto al de la mayoría de la tropa. En cierto modo, era una excepción en Sidi-Bel-Abbes y en la historia de la Legión.

Porque Alan buscaba “algo”, a sabiendas de que se jugaba la piel si le descubrían en la empresa. De que se la jugaba, asimismo, desde el momento en que firmó en territorio argelino una entrega por cuatro años en el Ejército legionario, Indochina era la gran ventosa donde iba lo más florido de las tropas coloniales francesas: tiradores argelinos, senegaleses y batallones enteros de paracaidistas eran enviados a marchas forzadas para detener a las hordas de Ho-Chi-Ming. Y Alan estaba deseando ser destinado para la vorágine oriental, que se tragaba hombres y material de una forma tan alucinante.

Una semana después del incidente con el sargento McKroly, a los quince días de enrolarse, Alan Curtis rebasó el período de entrenamiento militar. Destacó sobre otros, pues la instrucción no guardaba secretos para él; entre otras razones, porque la había ejercitado de un modo intensivo en Quantico. Y porque, desde que salió con su credencial de “G-men” de la Academia del F. B. I., su vida no había, sido sino una lucha intensa e ininterrumpida.

Dado que había hecho constar sus conocimientos de aeronáutica —y que lo demostró en unos exámenes muy severos—, fue destacado, con un centenar de compañeros legionarios, para ir rápidamente a Indochina. El resto de la fuerza expedicionaria se les reuniría por barco, con cerca de un mes de retraso; pero los seleccionados, en virtud de sus conocimientos técnicos, partirían a bordo de varios “B-26”, de transporte, por vía aérea.

Indochina era la gran hoguera que consumía fuerzas físicas y reservas bélicas. Y no había tiempo de preparar excesivamente a los futuros combatientes. De cualquier modo, en cuanto que perdían el aire cerril o inadecuado de sus diversas ocupaciones, civiles, eran enviados al Extremo Oriente. Y allí, el bautismo de fuego era cosa consustancial con su propio desembarque.

Dos días de navegación aérea les hicieron rebasar Italia, Grecia y Egipto. Sobrevolando el mar Rojo y adentrándose por las tierras arábigas, los tres inmensos aviones atravesaron océanos de arena, de agua y de algas rojizas. El cielo iranés no les fue hostil, y atravesando igualmente los territorios de Afganistán y Pakistán, llegaron a rozar el techo del mundo, las montañas del Himalaya. De allí en adelante no dejó de acompañarles por tierra la masa verde esmeralda de bosques y selvas impenetrables.

Durante el viaje por aire, desde Argelia, Alan había tenido tiempo sobrado de refrescar en su memoria todos los datos que conocía de la guerra de Indochina, que se remontaban a varios años atrás. En un principio, estallaron luchas, mientras las tropas francesas se aferraban a la defensa de Laokay. Se enviaron refuerzos a Dinhlap y se evacuó Haobinh. En un cine de Saigón, al sur de la península, explotó una bomba, que no causó víctimas; pero que fue como la señal pirotécnica para que los rebeldes atacaran desde todos los ángulos.

El general francés Pierre de la Tour du Moulin trató de asumir la jefatura de los dispersos frentes, mientras las fuerzas africanas, excitadas por la ineficacia de las ametralladoras que les habían sido entregadas para combatir, las arrojaban al suelo, prefiriendo atacar a la bayoneta.

Se temía una maniobra envolvente en el valle del Mekong, por el que los legionarios ascendían con fuego en la sangre y un lastre de plomo a los pies. Pero fue una falsa alarma. Los rebeldes pretendían digerir antes el bocado de Annam, dejando para más adelante Laos y Camboogia.

En aquella primera época de escaramuzas, de guerra de tanteo, se recuperaban tres poblados convertidos en tierra quemada y se perdían inmensas extensiones de terrenos de cultivo. Los partes franceses reflejaban una plétora optimista; trataban de limitar el conflicto a un asunto de Policía colonial. El emperador Bao Dai revistaba ejércitos, compuestos exclusivamente de soldadas indígenas.

Por entonces, los Estados Unidos acordaron ayudar al Ejército francés. Veían mejor, y con más alcance, hacia el futuro. Empezó la

evacuación civil de Hanoi, capital de Tonkín, retirándose siempre hacia el Sur. Se dieron plenos poderes al general Lattre de Tassigny, y comenzó el período de terror por parte de los del Vietminh: granadas en las calles de Saigón, obuses contra un puesto de Policía, octavillas incitando a la huelga, promesas...

Francia se vio obligada a reconocer la independencia del Vietnam, como medio político para crear un Ejército fuerte y autóctono, libre del virus de campañas disolventes. Nuevos atentados en la población civil y nuevas retiradas francesas a “posiciones estratégicas”, llevaron al reconocimiento de la independencia del Vietnam, que, de haberse efectuado en 1946, hubiera evitado la guerra.

Se habló de un pasillo secreto rebelde, por el que los hombres de Ho-Chi-Minh abastecían las ramas de la tenaza destinada a cerrarse, como una mandíbula, en torno al delta del río Rojo; la comarca más feraz y productiva del norte indochino. Empezaron a intervenir tropas paracaidistas y a llegar material bélico norteamericano a la península.

Victorias, derrotas, discusiones político-diplomáticas... El tejemaneje de la propaganda, mientras los hombres caían como moscas luchando en regiones insalubres y pestilenciales. El general Juin declaró que la posición occidental sería pronto desesperada. Se habló de armisticio y de treguas, pero el rodillo apocalíptico de la guerra avanzó, mientras los hombres discutían en torno a mesas de conferencia.

El fuerte de Hoa Binh quedó cercado por los comunistas, que avanzaron reclutando soldados entre los mismos trabajadores indígenas. En otros casos, en vez de encuadrar combatientes, les proporcionaron armas y municiones, y la nube desleal de los francotiradores se extendió como una mancha de aceite.

Retiradas, depuraciones. Un nuevo general francés, comandante en jefe de las fuerzas de la Unión Francesa, Raul Salan, anunció a los corresponsales de Prensa una ofensiva. Se nombró otro comisario en Indochina. Se esperaba y se temía la invasión por parte de Mao-Tse-Tung, y hubo una destitución fulminante del Gobierno vietnamita.

Emboscadas, sabotajes, asaltos a centros de descanso y hospitales a retaguardia. Voladura de trenes. Nuevos reveses militares aliados, que en vano trató de pallar La aviación con éxitos locales. Consejos de guerra urgentes, mientras verdaderas avalanchas humanas atacaban con ferocidad indescriptible. Los rojos avanzaban dando grandes gritos; pero dotados también de

armas eficientes y protegidos por el fuego de cobertura de una artillería modernísima, servida por técnicos militares chinos.

Nasam quedó totalmente cercado, y Washington envió suministros bélicos con urgencia. Un incendio destruyó parcialmente Saigón, dejando sin hogar a 50.000 personas: propaganda indirecta a favor de los que medran en el descontento y el caos.

Se hizo evacuar Qui-Nhon, con elementos de tropa selectísimos. Se habló de un pacto secreto entre Ho-Chi-Minh, Moscú y Pekín. Y las hojas del calendario iban cayendo, lentamente. Con una lentitud de desgana, que en el frente debía resultar angustiosa a los heridos, a los prisioneros; a los que esperaban una ayuda exterior coherente y rápida. El mariscal Juin visitó Indochina. Paul Reynaud voló en avión. Mark Clark, representando a Eisenhower, asistió a la conferencia. Se ordenó la movilización general en Laos, y Tailandia se dispuso a reforzar sus fronteras.

Entonces empezó a sonar el nombre de Dien Bien Fu, “la cubeta”, como se le llamaba en París. Desde el primer momento, y considerado como posición permanente, el colosal fuerte era un error táctico. Pero se trataba, en principio, de concentrar en él tal cantidad de fuerzas, que los rebeldes se sintieran amenazados por la espalda. El “plan Navarre”, elaborado por el general francés del mismo apellido, consistía en cambiar el concepto defensivo por el ofensivo. Una especie de finta en la retaguardia roja, para salvar el ataque inminente a Luang Prabang. Llegaba el otoño, y, con él, la esperanza de estancar con agua y hierro el avance enemigo.

Esta fue la ocasión en que Alan Curtis, aventurero por imperativo profesional, iba a entrar a formar parte de un Ejército exótico, en el que no tenía ninguna graduación militar, y sí se había concitado odios y rencillas. Pero esperaba, fiado en el anónimo de su verdadera personalidad, descubrir el porqué de tantos sinsabores y fracasos. Cuál era la causa de que el armamento yanqui, ofrecido generosamente a un país que trataba de salvaguardar su integridad territorial, se desmoronase en el pozo sin fondo de robos y sabotajes.

La columna expedicionaria, mermada por el hambre y la fatiga, presa ideal de la fiebre y los mil peligros selváticos, avanzaba Indochina arriba como una inmensa serpiente. Que en su interior dispusiese, en vez de veneno, de una fuerza exterminadora y justiciera, feroz.

Tonkín estaba amenazado por cinco divisiones comunistas. *Monsieur* Bidault —siempre inclinado a creer en las promesas rusas

— empezaba a llamar la atención de sus compatriotas sobre el riesgo de una confianza excesiva. El general Salam fue relevado del mando, y empezó a ejercerse una severísima censura sobre las noticias en Indochina. La retirada hacia Jarrés no fue, precisamente, un paseo militar.

Foster Dulles anunció el envío de aviones de transporte y de bombardeo. Los franceses se retiraron de Sam Neua, y empezaron a evacuar la capital de Laos, Luang Prabang. Llegaron, transportes norteamericanos “C-119”, y otros aviones de aprovisionamiento. Hanoi hervía de heridos y faltaban medicinas de urgencia. Se temía que los rojos envenenasen las aguas de los ríos Negro y Rojo, cuya desembocadura detentaban los franceses aún. El anciano rey de Laos, Sisavong Von, se resistió a abandonar su palacio...

¡Guerra!



III

OBREVOLANDO a unos tres mil metros de altura la zona gris verdosa de la selva y de los bosques de bambúes, la escuadrilla de “B-26” se dirigió en busca del delta del río Rojo, Muy cerca de la confluencia con el mar, pero terriblemente próximos también a las concentraciones enemigas, los aviones se vieron descubiertos por los potentes reflectores de los “comandos” del Vietminh. Volaban de noche; pero, a pesar de todo, pronto florecieron alrededor de los cuatrimotores las rosas negras de los antiaéreos. Las granadas, se abrían y zumbaban la metralla de su interior, en una búsqueda ciega de entrañas metálicas.

Aguantando la respiración —como si aquello pudiese ayudarles a salir del mal paso, los legionarios apretaban los dientes y clavaban la vista en las tinieblas frente a ellos.

El goniómetro es el corazón de los aviones, pero los viajeros fiaban más en el de sus pilotos, avezados a aquellas situaciones de emergencia. Al fin pudieron respirar, luego de unos minutos que les parecieron horas. El cielo quedó punteado de manchones negros, y las pupilas luminosas de los reflectores dejaron de escrutar las nubes.

—Hemos pasado —murmuró el sargento McKroly, haciendo crujir los, dientes—. Esperemos que esas ratas de tierra nos den ocasión de combatir con ellas, caraba cara.

Su incondicional Bradford repitió, como un eco:

—¡Los aplastaremos!

No obstante, había verdadero pánico en su voz, que en vano trataba de disimular con un optimismo exagerado. Era hombre férreo y duro en el combate; pero aquella extraña forma de combatir, inerte, le causaba una aprensión dolorosa. Ni el propio Chil era una excepción: parecía haber enmudecido.

Aunque la amenaza mortal de los antiaéreos había desaparecido, algo había que no marchaba bien en el cuatrimotor. El avión se iba

quedando rezagado, y un ronroneo extraño surgía de uno de los motores del alerón izquierdo.

—Creo que nos han “tocado”, los malditos —dijo el copiloto, abriendo la ventanilla deslizante que daba al interior del aparato.

Aún faltaban más de cincuenta millas para llegar al aeródromo de Hanoi, y un aterrizaje forzoso suponía la destrucción total del transporte.

—Por si acaso, muchachos —dijo el piloto—, sería conveniente que os afirmaseis los cinturones de los paracaídas.

—¿Más volatines? —preguntó Bradford, lívido.

—Todo es posible aquí. Y yo os aconsejaría no abandonar las armas de fuego. Si hemos de tomar tierra o capotar fuera de la población, es lo más fácil que nos sorprendan los guerrilleros. Abundan como las moscas en verano...

El radiotelegrafista había comunicado a los demás aparatos que componían la escuadrilla el percance ocurrido. Y uno de los otros transportes, rezagándose, advirtió la avería desde el exterior.

“Lleváis un rastro de humo debajo del ala izquierda —se oyó por el altoparlante—. Y sería conveniente utilizar los extintores antes que se propague. Podréis seguir volando con un motor menos, pero no sin aeroplano”.

—Ya podían evitarse la guasa —masculló “Cara de Ángel”, uno de los contusos en la refriega de Tessala—. Por mí parte, estoy dispuesto a dar el salto antes de convertirme en puré... —refunfuñó.

Una nube de preocupación, mucho más sombría que las que atravesaban, se dibujó en el rostro de los reunidos. Volar en territorio amigo, sobre una llanura o el mar, es tolerable, aun con avería. Por encima de bosques infestados de enemigos, sin orientaciones definitivas, era algo como para preocuparse.

—Yo iré —dijo Alan, que había oído, como todos, las instrucciones—. Con permiso del sargento, se entiende...

—¿Adónde dice que va ese idiota? —exclamó el hombre de la nariz de garabato—. Por más que miro por la ventanilla, no veo un maldito apeadero.

—Digo que saldré a tratar de apagar el siniestro —aseguró Curtis, muy serio—. Y estamos perdiendo un tiempo precioso en decidir. Entiendo algo de aviación y...

Iba a meterse con el mayor desparpajo en una disquisición sobre aeronáutica, cuando el sargento McKroly le interrumpió. Su gesto fue digno de ser immortalizado en piedra o bronce. Y su perorata propia de un César, por su concisión.

—Vete —dijo, extendiendo un brazo monstruoso hacia el

exterior—. Y así revientes, condenado “boche” —murmuró, por lo bajo.

Alan cruzó de un salto la cámara común, donde una treintena de hombres estaban padeciendo el tormento de la indecisión. Llegado a la cabina de mandos, alcanzó uno de los extintores de nieve líquida, el más moderno medio de sofocar siniestros sin producir deflagraciones de gases. El piloto le hizo un gesto amistoso, cordial. Era hombre de unos treinta años. Y a juzgar por su pelo, negro, y su expresión vivaz, de origen latino.

—Si lo consigues, te debo una borrachera en Hanoi—prometió—. Y si fracasas, ya nos veremos...

No dijo si en tierra, o bastante más arriba del lugar en que volaban; pero su expresión era notable. No tembló su mano al tocar la diestra de Alan. Y terminó en voz baja:

—Trataré de cerrar gas para moderar la marcha. Pero no estaría de más que te llevases mi mascarilla de oxígeno. A mí no me hace falta... ¡de momento!

Alan sujetó el extintor en su mosquetón de la cintura, y encajándose la protección del casco en el rostro, descorrió hacia atrás la parte deslizante de la carlinga. Una terrible tromba de aire amenazó dar con él en tierra, pese a la fuerza de los dedos, que parecían garfios metálicos. Pudo vencer la fuerte resistencia del aire y encaramarse al alerón, quedándose adherido a él como una lapa.

Una temperatura gélida, producida por el paso violentísimo del aire, le sujetó y trató de arrojarle de su precario asidero. Entonces empezó a reptar en una progresión extenuante. A fracciones de pulgada, en un hándicap fantástico entre el cielo y la tierra.

Pese a su animosidad, los legionarios se abalanzaron hacia las ventanillas de la izquierda, y pegaron sus rostros ansiosos, tratando de divisar; a la pálida luz estelar, el avance del compañero. Desde fuera parecían una serie de monstruos chatos y deformes, en los que los ojos tenían una fantástica y viva inmovilidad. La garrapata humana seguía su marcha lentísima, apenas apreciable.

—En cuanto se le escape una mano... ¡adiós! —dijo el sargento, resumiendo el sentir de la mayoría—. No se puede negar que es valiente...

La curva del alerón estaba muy próxima para Alan. Rebasarla e inclinarse hacia la parte baja del motor, resistiendo el viento y el humo, que avanzaban, dominadores, era el problema. Vital para los que volaban dentro, para él tenía un interés especialísimo, mayor que el que le dictaba el instinto de conservación. En el transporte iban armas y material de urgencia, que su país enviaba a los

indochinos y que debía llegar sano y salvo, a ser posible. Y, sobre todo, estaba “su” misión, por encima de intereses particulares.

No se trataba ya de dar un salto y tirar de la anilla del paracaídas; ni siquiera de luchar con más o menos éxito con los guerrilleros infiltrados en suelo amigo. Lo interesante era vencer aquella fatalidad, luchar y seguir hacia adelante. Contra todos los elementos, si era preciso.

Hasta aquel momento había consolidado sujetarse con dificultad, incluso dominar el frío inicial y el miedo instintivo. Entonces llegaba lo peor: el momento de dar la vuelta a la parte cóncava del alerón y utilizar las manos, para emplear el extintor. Era una empresa, no ya titánica, sino descabellada. Pero apuraría la última posibilidad, aunque el intento llevase aparejado el hecho de tener que dar el salto a varios miles de yardas de altura.

En cierto modo, al llegar al lugar crítico, el aire infernal se convirtió en aliado, sujetándole con su inmensa presión en la parte delantera del alerón. Como si pretendiera estrellar contra la estructura metálica al insecto que desafiaba su poder.

Mientras estaba avanzando sobre la parte plana, Alan temía ser barrido de un momento a otro. Allí ya no tenía miedo, o tal vez lo hubiese agotado a fuerza de hacer cabriolas a semejante altura. Montando cada una de sus piernas sobre la superficie curva, como si estuviese a caballo, dejó sus manos sueltas por completo.

Un alarido terrible surgió del interior de la carlinga. Docenas de gargantas lo soltaron al unísono, y pareció más bien el rugido de una manada de fieras. Los ojos se desorbitaron un poco más en su contemplación, y diferentes exclamaciones —no todas ortodoxas— brotaron de los pechos legionarios.

Ajeno a todo, asordado por el aire y la mascarilla de oxígeno, decidido a jugarse la piel a cara o cruz, Curtis asestó el chorro a presión sobre el lugar siniestrado. Y ya no se vio más. Porque, dispersada por el aire, la espuma líquida le cegó, al mismo tiempo que las claraboyas, a través de las cuales los mirones contemplaban la hazaña.

—Se acabó la función —farfulló McKroly, indignado—. Nos vamos a perder lo mejor.

No pensaba en aquel momento en que “lo mejor” estaba balanceándose a una altura más que regular, con un punto de apoyo tan precario que resultaba burlesco. Pero Alan, cegado y todo por la espuma, seguía oprimiendo el percutor, enfilando su contenido hacia las llamas incipientes. Jamás socorro alguno llegó tan a tiempo. El cuatrimotor, con uno de sus elementos de tracción

inservible, pudo descender, planeando, sobre la pista de aterrizaje de Hanoi. Muy lejos, como un punto blanco, quedó flotando en el espacio la gigantesca seta de un paracaídas.

Por contraste, después de la terrible experiencia y el frío pasado, descender de aquella forma, muelle y templada, le parecía al yanqui como mecerse en una suave cuna. No por eso perdió de vista sus objetivos inmediatos. Sabía que los guerrilleros del Vietminh acostumbraban a disparar sobre los paracaidistas con tanta saña como puntería. Su pistola ametralladora era en sus manos el único refugio. No tenía trinchera en la que parapetarse, pero las oscilaciones del viento evitaban que algún tirador ejercitase su puntería de modo fatal. Porque había sido descubierto, en efecto.

Tuvo la prueba de ello al llegar a unas doscientas yardas de la tierra. Unos silbidos aislados le garantizaron de que, por el momento, su enemigo no disponía de armas automáticas. Podía ser uno, o más de uno; pero, desde luego, los tiros le eran disparados de modo espaciado. Aún tuvo humor para sonreír desde su balanceante atalaya.

A unas veinte yardas de altura, ya tenía en la mano derecha su navaja para desprender de un tajo las cuerdas de sustentación. Y al pasar sobre un copudo árbol, de espeso follaje, decidió jugarse el todo por el todo. Parecía que la suerte, como el viento, estaban de cara.

Un chasquido indoloro le anunció que había aterrizado sobre unas ramas. Algunas cedieron, pero otras fueron amparándole y atenuando el golpe de la caída. Al cabo, consiguió estabilizarse. No había abandonado su pistola ametralladora.

La seta del paracaídas, gran delatora, quedaba a una distancia de unas cien yardas del lugar donde estaba el pseudoalemán. Y con la suave y silenciosa agilidad de un gato, descendió hasta tocar tierra firme. A lo largo de ramas principales y después del tronco casi vertical. Su uniforme caqui apenas destacaba sobre la mancha parda de la extensión desierta.

Alan consultó su reloj de esfera luminosa, y comprobó que faltaban unas horas para amanecer. Sus compañeros habrían tomado tierra ya, y se podían considerar a salvo. Lo mismo que el instrumental bélico que les fue confiado.

Parece risible que un yanqui trate de defender unos miles de dólares cuando la guerra de Indochina cuesta a su país una cantidad anual superior a los mil millones; pero este es uno de los secretos de su éxito. La gente suele representarse al americano medio como un ser despreocupado y frívolo, más atento a criticar la labor de sus

gobernantes que a hacer política económica. Por el contrario, la meticulosidad —que en modo alguno debe confundirse con avaricia o mezquindad de miras— es lo que leía conseguido elevar a la nación estadounidense por encima del resto del mundo. El pueblo trabaja y critica, pero conserva y mantiene lo que es suyo. Aunque, en Ocasiones, tenga que arriesgarlo juntamente con la vida de sus hombres.

Alan se dispuso a avanzar hacia lo que consideraba su meta: al Nordeste. No tenía brújula, pero no la necesitaba tampoco. Poseía ese innato sentido que permite, a través de distancias inmensas, orientarse hacia el lugar deseado.

Se cuenta que un par de muchachos hicieron una apuesta sobre si la paloma de uno llegaría a su palomar, abandonada en determinadas circunstancias. El otro apostador se llevó el ave y la desposeyó de la extremidad de las alas. El animal llegó... ¡andando! Y la historia es cierta.

Alan sabía que los que habían disparado sobre él cuando se encontraban, bamboleándose en el aire no iban a renunciar a su captura de una forma espontánea. Cuando se dieran cuenta de que el paracaídas había sido abandonado antes de tocar el suelo, tratarían de tamizar la región. Y encontrarse en pleno día entre gentes hostiles era una cosa que no había pasado por la imaginación del joven. Como fuese debía llegar a Hanoi mientras le protegieran las sombras de la noche.

Dando un rodeo y eludiendo a la vez los marjales y los caminos trillados, Curtis avanzó con una precaución no exenta de rapidez. Anduvo durante millas a un paso gimnástico, deteniéndose raras veces para agacharse y escuchar, con el oído pegado a tierra, pasos o voces. Indudablemente tenía una ventaja, y es que podía caminar más rápido que sus rastreadores, ocupados en averiguar de tiempo en tiempo su dirección.

Y así, cuando ya empezaban a borrarse estrellas en el negro encerado del cielo, vio a lo lejos el humo de la gran ciudad. Unas cuantas millas más de aquella extenuante progresión y estaría a salvo. Pero aún le quedaba que rebasar, el paso más difícil.

Un automóvil le adelantó, ocupado por varios individuos. Era un “jeep” de fabricación norteamericana, que iba desgarrando las tinieblas con la luz de sus reflectores. La masa verde de la selva era como un túnel que transmitiese el runruneo del motor a través de una acústica de verdura. Y Alan siguió las rodadas en la tierra húmeda cara al amanecer.

Los perseguidores habían conseguido rastrear que Alan se dirigía

a Hanoi, cosa por otra parte nada misteriosa. Y trataban de llegar a un punto desde el que pudiesen formar un cerco irrebutable. El joven aventurero sonrió, pensando que aquel despliegue de fuerzas era indigno de su modesta persona. Y como no deseaba darle grandes facilidades al enemigo, avanzó a la carrera, perdida la cautela ante el temor del copo.

Un par de millas al Norte oyó rumor de conversaciones. Si sus enemigas temían algo de él, no era precisamente que acudiese a su lado a cara descubierta, después de estarlos eludiendo gran parte de la noche. Eso fue lo que sucedió, sin previo aviso.

El tipo mogólico que estaba subido en el “jeep”, como un centinela de piedra, recibió una ráfaga de plomo que le segó las piernas a la altura de la rodilla. Cayó sin dar un grito; pero el ruido de los disparos fue más que suficiente para sembrar la alarma a la luz del amanecer.

Un verdadero enjambre de amarillos, entre los que se distinguían algunos con las características étnicas de los moi, o indios transganguéticos, acudió al señuelo como moscas a la miel. Portaban rifles de todas clases, desde el moderno “Amstrong” inglés a los “Máuser” de la primera guerra mundial. Pero todos estaban animados por el mismo afán de exterminio.

En dos saltos se había plantado Alan en el “jeep”, dispuesto a ponerlo en marcha. Si no encontraba el medio, lo utilizaría como parapeto metálico antes de sucumbir.

Tuvo suerte en principio, pues el automóvil estaba lógicamente dispuesto para reemprender su persecución. A las primeras de cambio arrancó, arrojando por tierra al herido, que mascullaba maldiciones en su dialecto. Y cuando una verdadera ráfaga de balas trató de seguir al fugitivo, este hizo algo impensado y absurdo. Volver sobre sus pasos y embestir con el vehículo a sus enemigos.

Estos esperaban cualquier cosa menos aquello. En el primer momento trataron de hacerle frente con sus disparos, pero pronto se inició la desbandada. Y ello tenía por causa no solo la marcha fantástica del “jeep”, sino que Alan sabía “también” atacar dando gritos estentóreos. Y no hay que olvidar el efecto psicológico del miedo sobre seres mentalmente atrasados.

Enfilando su metralleta, Alan disparó nuevas andanadas de balas. Los antes perseguidores huían en todas direcciones; pero eran más rápidos y certeros los mensajes de muerte. Los amarillos iban cayendo como conejos, segados por las balas a la altura de las corvas.

Un verdadero diluvio de proyectiles agotó los residuos de

combatividad entre la horda. Como un dios de las batallas, con los rubios cabellos flameando al viento y aquella extraña mascarilla sobre el rostro, el segador continuó implacable su tarea. Unos y otros caían a los lados del vehículo dantesco, vengador, reduciéndose en forma fantástica el número de enemigos. Y cuando al final se encontró Alan dueño del terreno, se inclinó sobre uno de los caídos, que le observó avanzar con el pánico retratado en el semblante.

Los asiáticos solo son valientes cuando atacan impulsados por el fanatismo. Y, sobre todo, protegidos por el número. Entonces son capaces de las mayores temeridades, de actos de heroísmo que podrían clasificarse como de suicidios colectivos. Pero aislados son entecillos ridículos, con su lastre de pánico hacia todo lo que se sale de su nivel medio y una gran dosis de servidumbre ancestral a las costillas. Para ellos, por encima de todo, el blanco será siempre un ser superior, temido y respetado. Ni más ni menos que las fieras, en la selva, temen al fuego que protege un campamento.

El tipejo, casi un pigmeo, de rostro arrugado y piel amarillenta, trató de escurrirse de entre las manos del coloso. Pero este hizo una demostración de fuerza subiéndole a pulse, hasta enfrentarse con sus grises pupilas. Frías y bien templadas como el acero, produjeron en el cautivo el mismo efecto que si le penetrasen hasta las entrañas.

—¿Hablas el siamés¹, perro, hijo de perra? —preguntó el joven, con voz terrible.

El amarillo se apresuró a contestar que no, en el lenguaje universal de la mímica. Y lo hizo de, un modo tan rápido que quedó descubierto, pues en este idioma le había hablado el yanqui. Luego trató de corregirse, murmurando:

—Un poco “tapumpo tskantu” (Luna de fuego). ¡No me mates!

—No lo haré si me llevas a dónde están almacenadas las cajas de truenos y armas de los tuyos. ¡Aprisa!

El mandato era un poco convencional, y muy arbitrario para el ser que tenía una pierna segada. Tenía que pasar horribles dolores: pero a base de la ayuda y de los empujones de Alan, se encaminó hacia la parte más tupida de la espesura. Caminaron —el nativo a rastras— una regular distancia. Y al cabo, el hombrecillo señaló una caseta custodiada por dos fornidos mocetones.

—Esa es la casa de la dinamita —exclamó, palideciendo.

No era tan desconocedor del idioma como dijo, ni tan ignorante que no barruntase lo que el blanco pretendía hacer. En cuanto le dejó en el suelo, Alan le aconsejó.

—Huye mientras tengas tiempo. Esto volará de un momento a otro...

No necesitó el tipejo más aclaraciones. Poniéndose en pie con regular trabajo, empleó el rifle —que Alan había descargado— como muleta, y a buen paso salió del bosque. Una vez que se consideró a seguro dio un grito de aviso a los centinelas. A su modo era un hombre íntegro.

Pero la señal de alarma fue contraproducente, pues hizo a los dos guardianes lanzarse contra el americano, y a este le costó poco ultimarlos. No habiendo otros enemigos a la vista, y luciendo ya el sol toda su pujanza entre los árboles, el yanqui se aproximó a la caseta y despanzurró de una patada su puerta de madera. Le bastó echar una ojeada para comprender que estaba ante un auténtico polvorín.

Amontonó un buen brazado de hojarasca y le prendió fuego. Entonces, olvidándose de todos sus alardes de valor, emprendió la más vergonzosa huida que imaginarse pueda. Llegó desalentado y maltrecho hacia donde le aguardaba el “jeep” y lo puso en marcha. Sin armas ni enemigos por delante, solo le interesaba poner la mayor distancia entre el siniestro cobertizo del bosque y sus espaldas.

Al cabo penetró en las defensas exteriores de Hanoi, después de ser identificado. Y como epílogo de su entrada en la población se oyó una explosión terrible, que hizo estremecer la tierra.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los centinelas de la Unión Francesa.

—Verá —dijo Alan, sonriendo—: me gusta que me reciban con salvas donde llego. Y como temí que aquí no quisieran hacerlo, acabo de volar un polvorín enemigo a unas millas de distancia.

No tardó Alan en llegar al cuartel donde estaban destacados los de la Legión, incluso los de su propia compañía. Y al explicarles el joven, con notable modestia, sus recientes aventuras, escuchó una ovación interminable.

Más tarde, cogidos todos del brazo, amigablemente, llegaron a tiempo de destapar unas botellas de auténtico “champagne” francés. En cierto modo, la entrada de Alan Curtis en Hanoi fue “sonada”.



~~~~~  
¿Conoce usted

### **NOVELISTAS DE HOY?**

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

**¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!**

## IV



ERMINABASE la tarde y ya las huestes legionarias —mezclados con soldados de color— merodeaban por las calles desiertas de Hanoi. Algunos chicuelos desharrapados andaban entre las casuchas abandonadas o en ruinas; la mayor parte del elemento civil había escapado semanas atrás hacia el Este, evacuados a Nandinh o Hai-hong. Las mujeres, misérrimas y con el rostro marcado por el estigma del sufrimiento físico y moral, eran como sombras silenciosas.

Tan solo se veían, de cuando en cuando, algunos elementos del bisoño Ejército del Vietnam. Eran mokes en su mayor parte, y se distinguían por el tono más cobrizo de la piel formaban —como si dijéramos— la aristocracia de la cochambre, con sus cinturones bélicos arrastrando por el suelo. El soplo de belicosidad que se había pretendido insuflarles a marchas forzadas quedó en simple conato. Alzaban orgullosamente la cabeza, orlada de cabellos lasos y amarillentos, al cruzarse con los legionarios, y Alan advirtió cierta animosidad en la mirada de sus ojillos oblicuos. No eran propiamente enemigos, pero si aliados forzosos.

En el mercado de Tai-la, barrio residencial, había mayor bullicio que, en las sucias tiendas de los arrabales. Sin duda, el racionamiento era allí distinto al de los nativos, porque algunos soldados indígenas patrullaban para evitar pendencias y discusiones. En realidad había a la venta poco más que nada.

“Cara de Ángel” acompañaba a Curtis, llamándole teutón a boca llena con el menor pretexto. Pero había disminuido notablemente la antipatía que le profesaba. Igual podía decirse del sargento McKroly, aunque por un resto de dignidad jerárquica desistió de acompañarlos cuando los vio “cargados” en exceso.

Iban solos los dos hombres, cogidos del brazo y entonando a media voz una canción que los alemanes hicieron universal en la pasada contienda. Se trataba de la música pegadiza de “Lily

Marlen”, y era una gran deferencia del francés—hacia su presunto rival de ayer—escuchar y aun acompañar en los tarareos. Claro está que si el propio autor de la obra la hubiese escuchado, hubiera sido el principal agraviado.

A una distancia equidistante del mercado y de las primeras casas distinguió Alan una joven europea que caminaba aprisa con su cesto de provisiones. Una gruesa indígena la acompañaba, ayudándola a portear las compras efectuadas; pero lo que llamó la atención del joven fue el andar brioso y gentil de la blanca. Más tarde, de forma progresiva, fue haciendo detallado inventario de su belleza.

Alta, con el pelo rubio, graciosamente recogido en un rodete, recordaba por su rostro un poco infantil y su esbeltez las pinturas de Botticelli, algo tan innegablemente latino que desentonaba en aquel ambiente oriental. Más aún en una ciudad desmantelada y semidesierta, donde hasta las indígenas no habían dudado de ponerse a salvo del avance invasor.

Si la mujercita hubiese ido vestida de enfermera, o acompañando algún herido, podía tener una explicación su presencia allí, en aquel caos de incertidumbre y preparativos bélicos. Pero no parecía afectada por el ambiente y esparcía su sonrisa con la misma espontaneidad que una flor su perfume. Su criada, menuda e insignificante, la seguía, ayudándola a llevar una de las asas del capazo. Y la joven se volvía de cuando en cuando a animarla con palabras y gestos.

—¡Maravillosa! —murmuró Curtis, deteniéndose.

“Cara de Ángel”, fuerza es decirlo, tenía una fisonomía espantosa; el polo opuesto de la espiritual expresión de la joven. Con una cicatriz dividiéndole la cabeza en dos mitades y unos mostachos hirsutos que crecían como chaparros en una barranca. Su cráneo rasurado brillaba al sol mortecino de la tarde. La nariz, grande y roja, era una muestra hortícola, y sus orejas poseían la movilidad de las de los paquidermos. Se detuvo también, ya que formaba un grupo indivisible con el yanqui, y le contempló como si este acabase de sufrir una insolación.

Siguiendo su mirada alcanzó a ver a las dos mujeres que se habían detenido un momento en su atareada labor. “Cara de Ángel” no tenía el menor sentido de las proporciones, y algo en su mente se hallaba atrofiado ante la belleza femenina que no tuviera incitación sensual. Por consiguiente, derivó fatalmente hacia la mujer que acompañaba a la blanca, bastante opulenta de por sí.

—Sí; no está mal—reflexionó en alta voz—. Pero tiene los dientes demasiado amarillos. Estas indígenas no dejan de masticar

el maldito betel.

Una carcajada estruendosa coreó sus palabras. Y el eco tintineante atrajo la atención de las dos jóvenes.

—Me refiero a la blanca, mala bestia —indicó Alan, tratando de contener las contracciones de su diafragma—. Mira que eres bruto.

El grupo espiado sufrió patente sobresalto al verse objeto de escrutinio. Y reanudaron su marcha con tal velocidad que casi parecía una fuga.

—Pues la verdad es que no me fijé en ella —aseguró el coloso rapado—. Pero subsanaré el error ahora mismo...

Se desprendió del brazo de Alan y emprendió una marcha ligera tras de las dos mujeres. Estas arreciaron la velocidad de sus pasos. Y fue una calle más allá—si puede llamarse tal a un amontonamiento de casucas mantenidas entre sí por un milagro de equilibrio—cuando Curtis llegó a alcanzarle, en plena carrera. Para entonces el pánico de las dos mujeres había adquirido su culminación.

Otro grupo de legionarios, esperando también su incorporación inmediata al frente, advirtió el asunto. Y, enfatuados por la superioridad numérica, trataron de atajarlo. No les importaba, para mostrar su bravuconería a las mujeres, hacer frente a los dos compañeros que les iban a la zaga.

Capitaneando la pandilla había un gigantón barbudo, de pelos hispídos que le invadían el rostro y la frente como verdaderas plantas trepadoras. Sus manazas se agitaban espasmódicamente, en un afán indistinto de acariciar o golpear. Se estaba divirtiendo a su modo, y aprovechaba el permiso cometiendo tropelías.

Los dos grupos llegaron a enfrentarse, quedando las mujeres en el centro, francamente atemorizadas. De forma instintiva, la joven blanca se aproximó a una pared, formando un pequeño glacis con el cesto de sus pertenencias.

—Mi padre... —empezó a decir, temblorosa.

—Yo soy tu papá, dulzura —atajó el gigante barbudo, pretendiendo cercarla con la muralla de sus brazos.

“Cara de Ángel” debía conocer al tipo. Como las fieras en contacto con el hombre llegan a humanizarse, al lado de Alan había cedido parte de su ímpetu inicial, escondiendo sus garras. Pero también las tenía, y enormes. Pronto iba a verse palpablemente. Enfrentóse al coloso barbudo y le conminó.

—Mira, Miche —empezó—: estas jovencitas son cosa nuestra. Las vimos antes... —añadió, como amparando su pretensión.

—Ni nuestras ni de nadie —saltó Alan—. Las dejaremos ir a su casa, y nosotros nos acercaremos a tomar unas copas. ¡Vamos,

muchachos! —alentó a los compañeros del gigante.

Pero este no debía admitir con facilidad tutelas ni vasallajes. Mirando a los suyos como si pretendiera devorarlos, cosa que no estaba lejos de lo posible, les arengó:

—¡Sacudidme a esos dos tipos, canallas! Yo me encargo de lo demás.

Lo demás estaba bien claro: eran las fugitivas. Y hubiera conseguido su propósito de no interponerse de un salto elástico y oportuno el yanqui. Se colocó ante la joven blanca, sirviéndola de parapeto. La otra apenas contaba. Agazapada en el suelo, trataba de hacer el menor bulto posible, y en sus ojos se reflejaba un terror puramente animal.

Pero el gigante apartó de un simple empujón a Curtis, lanzándole al centro de la calzada, seca y polvorienta. Un coro de carcajadas acogió su hazaña, y el triunfador se dispuso a cobrarse el premio de su valentía.

Sin embargo, Alan cayó y rebotó como una pelota de goma, con su misma ligereza y elasticidad. Y antes de que el tipo llegase a tocar a la europea, ajeno a toda oposición, le tocó levemente el hombro.

Bastó el contacto para que el llamado Michel se volviese airado contra el intruso. Pero aquella vez se encontró no con un individuo inerte y pacífico, sino con un puño que avanzaba hacia su rostro, a la velocidad de un obús recién salido del ánima artillera.

Era imposible detenerlo; pero lo paró, no obstante. Claro que lo hizo con el rostro, que crujió como si un molino batanero hubiese machacado un saco de nueces. Alan se miró el puño con cierta aprensión. No le dolía, porque supo golpear; pero temía que se hubieran quedado adheridos a él cartílagos y algunas de las cerdas que orlaban el rostro innoble.

Una mueca dantesca, infrahumana, y un grito de aviso dio principio a la batalla colectiva. “Cara de Ángel” acudió en ayuda de su amigo, y entre ambos se multiplicaron prodigiosamente para compensar la superioridad numérica de sus adversarios. Dos hombres fueron lanzados al centro de la calle, esta vez de forma definitiva.

Pero aún quedaban seis contra dos, y uno de ellos podía combatir con todos en un pugilato, hasta el momento de la consunción total. Manoseándose la mandíbula para comprobar si conservaba los huesos en su sitio, Michel atacó en tromba, como una fuerza primaria y ciega que era.

No había rudimentos de boxeo en sus manazas ni en su cerebro

de troglodita. Pero un cuchillo apareció en su poder de modo repentino.

—Te voy a “pinchar” —advirtió en un alarde de bravuconería—. A hacerte una criba—rectificó.

Alan dio un salto de costado, y el arma blanca apenas le rozó. No obstante, un surco sangriento se enmarcó en su uniforme. Y se dispuso a esquivar aquella hoja metálica tan hábilmente esgrimida por su rival. A sus espaldas, “Cara de Ángel” contendía a la vez con otros tres tipos.

El yanqui no tenía tiempo de quitarse la guerrera y hacer con ella un escudo protector. Un grito de la joven le sirvió de advertencia a una nueva mordedura. Con habilidad de matón profesional, Michel sostenía la navaja casi invisible entre sus dedos. Pero dispuesto a clavarla justamente una pulida en la carne de su antagonista. Sabía cómo evitar “accidentes” mortales.

El segundo tajo no llegó a penetrar en el cuerpo de Alan. Este hizo un escorzo a tiempo, y, para no perder viaje, su mano derecha se clavó materialmente en la oreja del legionario. Como si pretendiera incrustársela en el temporal. Luego se volvió, porque un puño le golpeó la espalda, traidor: “Cara de Ángel” no podía librarle de todos los enemigos.

Alan lanzó un “jab”, esta vez al estómago y sin contemplaciones, y el cobarde agresor rodó por el suelo aullando como un chacal. Quedó, al cabo de un rato, mudo e inmóvil, en el descanso relativo del “groggy”.

Pero bastó la breve distracción de Alan para que el de la navaja volviese por sus fueros. En un campeonato de majeza y truhanería no podían avisarse los golpes que se avecinaban. Y otra vez sintió el yanqui que el acero se le clavaba en la carne. Reprimió un quejido mordiéndose los labios, y aplicó un contragolpe nada académico. Se trataba del “corskreew”, la célebre artimaña que hizo famoso a Kid Mac Roy, campeón de los pesos pesados durante muchos años.

El golpe consiste en una puñada al rostro, con el pulgar suelto y ágil. En lugar de defender a los otros dedos y ligarlos como una vendilla, el pulgar abarca la nariz del rival, y al tocarla, la retuerce con ayuda de los demás apéndices de la mano. El retorcimiento se acompaña y multiplica con el movimiento total del brazo, y en ocasiones es capaz de desgarrar la base de la nariz y convertirla en un guiñapo.

No sucedió así entonces, pero el gigante acusó el dolorosísimo golpe. Olvidando sus afanes de venganza, arrojó lejos de sí la navaja para echarse ambas manos al rostro, y cerciorarse de que la nariz

seguía en su sitio. Alan le desdenó, volviéndose al lado de su amigo.

Este, por su parte, había dado ya buena cuenta de dos de sus enemigos, pero estaba derrengado y vacilante. Al ver acercarse a Curtis, trató de ahuyentar su debilidad, y ambos paladines exangües dieron con su cuerpo en tierra. Por la calle abajo se oyó un silbato, y los que podían correr como liebres ante el temor de un arresto.

—Señor... —oyó Alan muy próximo, cerca de su oído.

Trató de incorporarse, pero una extraña debilidad le invadía. A su lado y sobre él—ya que estaba caído en el suelo—vio el rostro más maravilloso que recordaba, con los ojos azules inundados de lágrimas. Y se advertía en la joven europea titánico esfuerzo para contener los sollozos que pugnaban en brotarle de su pecho. A borbotones, como la sangre generosa de su defensor.

—Siento mucho el susto que recibieron —dijo Alan, con voz opaca, que en vano trató de hacer animosa—. No teníamos la pretensión...

Unos deditos suaves, afelpados, se posaron en sus labios. Se oían cada vez más cerca las pisadas veloces de los que acudían en un intento de ayuda tardía.

—No explique nada. ¡No es necesario! —aseguró ella—. Y si me lo permite, haré que le lleven a mí casa; es cerca de aquí. Luego podrá marchar a su regimiento; pero la primera cura se la haré yo —aseguró, con cierto énfasis.

—Esto no es nada —dijo Alan, y trató de levantarse. Pero las fuerzas le fallaron, y se limitó a quedar sentado en el suelo—. El que no es hada soy yo—terminó, excusándose con una sonrisa que resultó una mueca.

Llegada cerca de ellos la patrulla, el que la mandaba preguntó a “Cara de Ángel” qué había pasado. El individuo se tocaba la cabeza, mirándose luego la punta de los dedos, para comprobar si los tenía llenos de sangre. Lo que sí notó fue una brecha fenomenal, producida por un rival que yacía a poca distancia.

—¿Esto? —preguntó, tendiendo una mano—. ¡Nada! Pura diversión —objetó.

—¿Quiénes eran los que huían? —continuó el inquisidor—. Los vimos bien —dijo, atajando nuevas mentiras.

—Pues nosotros, no —aseguró Alan, muy serio—. Debían ser maleantes. Nos atacaron a todos, y estos bravos cayeron los primeros, con todo el honor de un legionario.

Las dos mujeres supieron coincidir, pese a la diferencia de raza y la latitud, en dibujar con los labios una “o” perfecta. De sorpresa y de psmo. Les constaba que los atacantes en fuga eran legionarios

también, y no comprendían la actitud de su defensor. Pero no trataron de desmentirlo.

—Eran bandidos —aseguró la joven—. Yo soy Edith Lecroix, hija del comandante de la plaza.

Un triple taconazo demostró que nadie ignoraba la jerarquía del viejo militar ni su cargo. Haciéndose dueña de la situación, la joven ordenó transportar a los dos contusos a su domicilio. Pero “Cara de Ángel” se negó.

—Yo voy a remolcar a mis amigos (uno a uno o en racimo) al cuartel. El toque de queda está próximo, y no quiero que los tachen de desertores. Por consiguiente, no se preocupen de mí. Tengo la cabeza muy dura —dijo, con una sonrisa que hizo blanquear su siniestra cicatriz.

—Pero está herido, también... —arguyó Edith.

—¿Quién? —protestó “Cara de Ángel”, volviendo a mirar a su alrededor—. No lo crean —aseguró—. En la primera fuente que mane “whisky” tomaré un copazo, y como si tal cosa... Pero convenía que su “papá”—encontró dificultad en pronunciar la palabra familiarmente íntima—avise que no esperen a cenar a este asqueroso alemán—terminó, dando un manotazo al joven, que trataba de incorporarse.

Entre los de la patrulla y “Cara de Ángel” trasladaron a los cuatro inconscientes hasta donde pudieran reponerse. Y las dos jovencitas, la blanca y la indochina, sirvieron de muletas vivas para sujetar la indefensión de Alan, que iba dejando tras de sí un reguero de sangre.



**¡ATENCIÓN!**

**EDITORIAL ROLLAN**

**¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!**

triunfa una vez más al crear la inigualable  
Colección

**P R O E Z A S**

Un género nuevo, interesante, para toda clase  
de públicos, como lo es el invencible

**F. B. L.**



NCLINADAS sobre el lecho había tres personas: las dos mujeres, ambas conocidas, y un hombre, alto y desgarrado.

Militar, de unos sesenta años de edad, su rostro austero estaba curtido por las vicisitudes y el sol. Numerosas arrugas se acumulaban alrededor de sus ojos, y un bigote lacio, cuyas guías se atusaba con frecuencia, servía de telón a su boca, ocultándola.

Parecía muy interesado en el relato que Edith, mientras curaba a Curtis, le estaba haciendo.

—Ellos dos solos atacaron a ocho, defendiéndonos. Yo a ti no puedo engañarte papá. Todos eran de la Legión. Pero creo que debemos respetar la decisión de este valiente.

La documentación de Alan —la falsa, que le identificaba como alemán— estaba a la vista del viejo.

Y al leer el nombre escrito en los papeles, el comandante exclamó:

—¡Que me cuelguen si no es este el mismo hombre que evitó la pérdida de un transporte norteamericano, lleno de hombres y material, y que, a continuación, voló un polvorín enemigo, luego de hacer una mortandad entre las bandas rebeldes! Debías andar con cuidado, pequeña...

—¿Por qué, papá? —preguntó la bella, con el rostro encendido por el rubor y el esfuerzo.

—Porque estás manejando dinamita —aseguró el militar—. ¡Lástima que este tipo no sea francés, sino, a la larga, un enemigo de Francia! Y que nos veamos obligados a echar mano a seres que nos combatieron victoriosamente en la pasada contienda universal...

La mestiza salió de la habitación, para volver a poco con un balde de agua hervida, templada aún. Pronto, dos jofainas se tiñeron de rojo, mientras los sucesivos paños asépticos iban restañando las heridas y limpiando sus bordes abiertos. El herido estaba sumido en una especie de letargo, que no le permitía oír ni sentir.

—La fiebre empezará pronto —siguió la improvisada enfermera—. Convendría llamar a un médico.

Una risa bien matizada tuvo la virtud de apaciguar los temores de la bella. Su padre fiaba más en ella que en todos los técnicos sanitarios de Hanoi, solos o reunidos.

—¡Nada de eso! —exclamó—. Dale un somnífero, y dormirá toda la noche como un recién nacido. Mañana gestionaré la baja, hasta su total convalecencia, que no se hará esperar, por desgracia. El frente pide constantemente hombres, y no podemos ser excesivamente blandos. Por consiguiente —terminó Gastón Lecroix—, puedes vigilar a tu protegido, mientras dure su estancia entre nosotros...

La operación de cura y desinfectación siguió sin dificultad bajo las hábiles manos femeninas. Mientras el viejo cargaba su pipa, la mulata limpió el suelo, y sábanas blancas fueron colocadas sobre el herido. Al cabo de un rato, Alan se despabiló de su modorra. Trató de levantarse y saludar, al advertir la figura del jefe militar.

—Quieto, mocito —encargó el francés—. No se encuentra ante su comandante, sino ante un padre agradecido. Por tanto, huelgan saludos y disciplina, de momento. Le dejaré sobre la mesa una botella de licor, que es el mejor tónico. Y mañana hablaremos...

—Me encuentro perfectamente bien —musitó Alan, con voz débil.

—De lo cual me alegro —contestó Gastón Lecroix, disponiéndose a salir de la habitación.

Los dos jóvenes se quedaron solos, contemplándose en silencio. Al cabo de un rato de pausa, Curtis se dispuso a hablar. Y de nuevo, los deditos sonrosados frenaron sus palabras. Entonces, con un arranque verdaderamente latino, Alan manifestó cierta disconformidad con aquella barrera de carne... ¡besándola!

La mujercita retiró los dedos, amenazando con ellos al enfermo. Pero se advertía que no estaba enojada, en absoluto. Atenuó la luz de una pantalla portátil y se dispuso a retirarse de la habitación. El herido convalecía demasiado aprisa.

A la mañana siguiente—luego de un par de visitas nocturnas para contemplar el sueño de Alan—, el anta y la criada se acercaron a su cabecera con un buen desayuno. Y el joven, al contemplarlo, tuvo otro de sus arranques de humorismo.

—Creo que continuaré indefinidamente en el lecho del dolor —amenazó—. Es usted un ángel, tanto en Sanidad como en Intendencia...

—Lo que hará usted es levantarse en cuanto recupere fuerzas —

dijo Edith, pugnando por mostrarse seria—. Dentro de un par de horas le pondrán un frasco de plasma, y se encontrará mejor. Mi padre no admite vagos... ni tragones.

Quizá lo de tragón no lo dijese tanto por la voracidad de Alan — que aún no había atacado el desayuno— como por la forma descarada de mirarla. Claro está que era una mirada diáfana y leal, que en modo alguno podía molestar a la joven. Tanto más que el mirón, en sí, no le desagradaba en absoluto. Pero Edith sabía que no se hallaba ante un adolescente, sino ante un hombre duro que había mostrado su valor en condiciones desfavorables. Y ella se reconocía vencida, de antemano, en el caso de tener que contender con él. Por eso procuraba evitar la primera escaramuza.

A mediodía, Alan había conseguido ponerse en pie. Con uno de sus trajes de paisano, traído a toda prisa del cuartel, parecía otro. Apenas se le notaba una suave palidez en el rostro viril, y una señal morada bajo los ojos. Su sonrisa tenía la luminosidad y franqueza de siempre. Y el comandante, una vez que pasó a verlo, aseguró:

—Está usted curado, amiguito; pero ocurre que la ciencia médica no opina como yo—hizo un guiño—, y me veo en la obligación de tenerle en mi casa más días. ¿Desea pasear? —preguntó.

—Me gustaría hacerlo —aseguró Alan, volviendo a su papel—. Me agradaría, sobre todo, visitar el aeródromo y las instalaciones militares. ¡No soy un espía! —añadió, riendo.

—Tendrá un permiso amplio y general —aseguró el comandante—. Diviértase, amiguito, mientras tenga tiempo. Esta maldita guerra se lleva más hombres de los debidos. ¡Y no se le ve el fin!

Un rictus de asombro se marcó en la frente de Alan. No le parecía una expresión adecuada para el hombre que tenía el deber de estimular la moral de sus soldados.

—¿Estoy hablando con el comandante militar de Hanoi? —preguntó, cauteloso—. Creo que no le faltaré al respeto, ya que me autorizó a considerarme en mi casa. Y en ella, no ocultaría que sus palabras resultan un poco... ¡tendenciosas!

Si esperaba una explosión de mal humor del militar, se llevó chasco. Porque Gastón Lecroix, en lugar de enojarse, se echó a reír, con aquella forma blanda y fácil que sabía.

—Ustedes, los teutones, no pueden comprender —empezó—. Yo soy militar por imposición familiar, no por vocación. Y mi punto de vista, también particular, es este: Indochina no merece la sangre que se está derramando por ella. ¡Y Francia no merece la sangre que se está derramando por Indochina!

Esta vez, Alan se quedó mudo de estupor. Aquellas palabras, dichas en público, hubieran servido para desacreditar al que las pronunciase. Incluso para dar lugar a un consejo de guerra y a una degradación. Acusaban una falta evidente de patriotismo, cuando no una traición. No había que olvidar que, aunque pronunciadas por un particular, este coincidía con el mando supremo en Hanoi. Y Alan Curtis era para él, prácticamente, un desconocido.

Pero Gastón Lecroix sabía el efecto demoledor que estaba causando. Y para reforzar su punto de vista, echó mano de una serie de recortes de periódicos, que tenía sujetos con un “clip”.

—Entreténgase en leer —dijo— cuando tenga tiempo y gana. Son todo recortes de Prensa francesa. Y la tinta de imprenta se ha convertido en veneno.

Muy por encima, Alan pudo ver de qué se trataba. Eran reseñas de conferencias, de debates en el Parlamento francés, de crisis ministeriales y huelgas, destituciones de generales que, hasta hacía poco, fueron considerados como héroes.

—Lea usted las declaraciones del mariscal Juin —siguió Gastón Lecroix—. Le aseguro que son sustanciosas cuando asegura que en Francia no hay, prácticamente, Estado. Al hablar así, ha sido sustituido del mando de las fuerzas de la N. A. T. O. en Centroeuropa y privado de sus cargos nacionales. ¿Por qué?

—Por derrotista, en primer término —contestó Alan—. Y por...

Pero Lecroix no le dejó terminar. Visiblemente alterado, esgrimió los papeles ante la cara del joven, como si pretendiese hacérselos tragar. Y siguió, excitándose paulatinamente:

—¿Qué había que decir, entonces, de los políticos, que niegan sus votos cuando se trata de aprobar un presupuesto militar, y cuando sacan al exterior las lacras nacionales? No lo hacen con fines constructivos, sino para servir a determinados partidos, algunos de ellos exóticos y antinacionales. El Ejército no debe subordinarse al Gobierno, precisamente porque tiene más responsabilidades y más obligaciones.

—Eso es indisciplina...—farfulló, Alan, sin retroceder ni un ápice.

—¡Patrañas! diría yo —contestó Lecroix, iracundo—. Un militar debe obedecer y plegarse a la política gubernamental, esa es la consigna. Aunque al día siguiente cambie el Gobierno y las órdenes varíen diametralmente. Y si obedece ciegamente y fracasa, se le eligen responsabilidades también. Se ha depurado y condenado a muchos militares franceses (después de la guerra con ustedes) precisamente por delito de mera obediencia. La disciplina ciega es

un absurdo, no tiene razón de ser...

Calló unos segundos, como Alan. Y el militar, creyéndole convencido, arreció sus ataques.

—Necesito hablar—confesó—, si no quiero que me ahoguen las ideas. Y tengo que hacerlo con cualquier persona medianamente inteligente que llegue hasta mí. Aunque me tachen de derrotista e indisciplinado. Le digo que la destitución de Juin es una venganza personal de René Pleven. Pero hay más cosas. El pueblo francés, el que trabaja y produce, sufre y se sacrifica, no está de acuerdo con nosotros, los combatientes de Indochina. ¡Esta guerra es impopular y ruinosa! Y la Prensa dedica más espacio en sus columnas a un congreso de viticultura o al proceso de una envenenadora que a excitar la sensibilidad del francés medio, solidarizándole con nosotros. Luego está Ginebra...

Resopló, ahogándose de ira. Y Alan temió que le diese un síncope. Pero Lecroix estaba en vena de confidencias, y no se frenaría por sponcio más o menos.

—¡Ginebra! —prosiguió, como si quisiera fulminar a las ciudades de la Pentápolis—. Un nuevo Múnich asiático, un nuevo Pan-Mun-Jom, se está perfilando allí. Nos hemos comprometido con Bao-Dai para no pactar con el Vietminh, y le pediremos al emperador vietnamita que acuda a una reunión con los mismos rebeldes. Usted ha de verlo, si no lo mata antes un obús o una bayoneta rebelde. Y los conferenciantes olvidarán allí la sangre de los héroes, de los valientes anónimos que mueren aquí para defender sus intereses. Irán a Ginebra en busca de un triunfo político, personal, de oratoria tal vez.

El comandante giró en redondo, súbitamente, y salió de la estancia. Y lo hizo a tiempo, porque ya Edith entraba a reñir a Alan por no haber salido a pasear un rato.

—Tengo que leer—se justificó el joven, mostrando los recortes de Prensa—. Y como no entiendo muy bien el francés escrito, la agradecería que me sirviera de traductora.

—¿De esto? —exclamó la joven, señalando los recortes con un gesto despectivo—. No se atormente usted también. Es más sencillo obedecer. Sin calentarse la cabeza. Y luego, que cada cual cargue con su responsabilidad.

Ni el padre ni la hija llevaban razón. Alan sabía que la verdad está, como siempre, en el término medio. Ni un derrotismo contraproducente ni una ceguera absurda. Fe vidente, consciente, sin enfrentar a los superiores, que se hallan en el puesto que ocupan por méritos propios. Pero vigilar su labor, por medio de la crítica

inteligente, encauzarlos si se deslizan y equivocan. Ni en, la obstrucción desesperada, ni en el abandono muelle está la verdad. Y Alan lo sabía de sobra, pues su labor tenía que ser dócil y autónoma a la vez.

Salió a pasear, como Edith le pidió. Pero, a la vez, se llevó los recortes de Prensa que el comandante le mostró para renegar, con pruebas a la vista, de su propio país. Precisamente, Norteamérica quería encargarse de sacar a Francia del marasmo, como lo hizo antes del caos económico que siguió a la postguerra. Y antes, al enviarla sus mejores hombres y elementos de combate para los desembarcos de África y Normandía.

Aunque fuese el padre de Edith—aunque hubiera sido el propio de Curtis—tenía que vigilarlo en lo sucesivo. Hasta saber si aquella amargura, reflejada en sus palabras y gestos, respondía a un pensamiento interior, culpable. O si era solamente la válvula de escape de los fracasos continuados en los frentes.

Con la autorización del comandante, Alan visitó el aeródromo, y los ingentes materiales acumulados allí, y en galerías subterráneas, libres de las incursiones de la aviación enemiga. No obstante, los sabotajes continuaban produciéndose. De noche, casi siempre, “comandos” rebeldes se infiltraban—allí y en cualquiera de los aeródromos de la península— y destruían los aviones y depósitos de material, en incursiones rápidas y devastadoras.

—Me figuro que guardarán bien las llaves —preguntó Alan al sargento que le acompañaba.

—Yo sé las entrego todas las noches al teniente —exclamó el hombre, cordial y efusivo—. Y este consta que se las da, asimismo, al capitán. ¡Y luego duermen en el lugar más seguro de Hanoi! —aseguró.

—¿En la cámara acorazada de algún Banco? —preguntó Alan, sin gran esperanza de que le contestaran.

Pero la recomendación explícita del teniente había hecho locuaz al sargento. Inclinandose hacia el oído de su acompañante, le dijo, al despedirse:

—En el sitio más invulnerable, ya le digo. En casa del propio comandante militar de la plaza, el honorable *monsieur* Lecroix.

—¡No me diga! —murmuró Alan, palideciendo.

—¿Se siente mal, amigo? —preguntó el sargento, en el mejor de los mundos.

—Sí; un vahído, producto de la debilidad. ¡Pero ya pasó! —tuvo que mentir el agente del F. B. I.

En realidad, la noticia le había apabullado. Precisamente la llave

de los inmensos depósitos, que eran saboteados periódicamente, quedaban en poder del hombre a quién se podía acusar, sin vacilación, de no seguir la disciplina a que todo soldado se compromete. Por encima de su propia vida, aun a trueque de sacrificar a sus familiares y amigos más íntimos.

Indudablemente había que vigilar al poco celoso Lecroix. Y para hacerlo sin que le remordiese la conciencia, Alan indicó al cenar con él, aquel mismo día, que ya se encontraba restablecido.

Pese a todo, hasta el siguiente no fue dado de alta. No sin prometer antes que iría a ver a la familia del comandante a menudo, el tiempo que durase su permanencia en Hanoi. Y que no faltaría a la fiesta íntima que se daría en breve, en obsequio de los residentes franceses de Hanoi.

Alan prometió cuanto quisieron. Pero, camino del cuartel de la Legión, iba reflexionando. Con bastante amargura, por cierto, al pensar que, si sus sospechas eran acertadas, iba a proporcionar a Edith un dolor incalculable.

Al lado del cual, el susto proporcionado el primer día era un simple baño en agua de rosas. ¡Gastón Lecroix, con más de treinta años de servicios castrenses, era un traidor! Contra el sabotaje y la infidelidad sí que no cabían paliativos. El propio general Juin, pese a su concepto peculiar del deber, sería el primero en escupirle a la cara.



**¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!**

**P R O E Z A S**

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

**¡JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán**

**P R O E Z A S**

## VI



O podían ponérsele reparos a la fiesta, pese a celebrarse en una ciudad asolada por la guerra, donde se carecía de lo más indispensable. Lo que hubo, no obstante, fue agradecido y estimado por todos los asistentes a ella.

En realidad, la fiesta era una colecta a beneficio de los hospitales, un estímulo a los amedrentados moradores de Hanoi y, a la vez, un desafío a los indígenas traidores infiltrados en la ciudad. ¡Los blancos aún encontraban la ocasión propicia para divertirse!

Edith Lecroix, ataviada con sus mejores galas, estaba deslumbrante. No era ya la muchachita tímida que se deslizaba medrosa por las callejuelas, vistiendo ropas burdas de confección casera. Del fondo de sus baúles y armarios salieron a relucir galas y joyas, que realzaron su belleza hasta darle una nueva y más excitante personalidad. La crisálida se había convertido en un ser alado magnífico, y lo que Alan juzgó como promesa, resaltaba súbitamente como esplendente y triunfal realidad.

En el festival hubo refrescos y “sándwiches”, té y pastelillos de arroz y de canela. La repostería francesa y la indochina alternaron, compitiendo, y la música, creada por unos bravos muchachos, sirvió para que las parejas juveniles se deslizasen por el “terrazo” del jardín. No se velaron las luces, como un reto a la aviación enemiga.

Edith tuvo que multiplicarse para cumplimentar a sus admiradores, porque era una de las contadas jóvenes solteras residentes en Hanoi. Por tanto, Alan no pudo bailar con ella sino en un par de ocasiones. Aparte de los incidentales afortunados, tuvo que competir con Hugo d'Artois, joven oficial, que aturdió a Edith con sus atenciones.

Y como Alan no había ido a Hanoi a bailar, sino a investigar, abandonó la fiesta temprano. Su marcha precipitada, brusca, hizo brotar lágrimas de los ojos de Edith. Y aunque la bella procuró serenarse, el estado de agitación de su alma no pasó inadvertido al

galanteador francés.

—Tiene suerte ese joven legionario —dijo, insidioso—. No hace sino llegar a Indochina y gana fama de valiente; llega a Hanoi y sitia lo mejor de la plaza, con éxito. Desde luego, lo que no me espera a mí es batirme en retirada.

—Calla, Hugo —protestó la joven—. No sé por qué hablas así.

—Te vi llorar, Edith... —acució el teniente.

Una risa cristalina se desgranó en el aire encalmado de la noche. Llorando otra vez —pero esta con el pretexto de la risa—. Edith contestó:

—¡Qué tonto eres! ¿No comprendes que fue el “rímel”? No estoy acostumbrada a pintarme y...

El joven oficial pareció satisfecho. Apretando sensiblemente entre sus brazos a la bella, acentuó la velocidad de sus giros, y aumentó asimismo la catarata de elogios. Y el comandante, viendo a su hija reír y agitarse bulliciosa, se felicitó por el éxito de la fiesta.

Dos días más tarde, Alan Curtis recibió órdenes —en su cualidad de piloto— de partir, en unión de otros compañeros, a aprovisionar la base militar de Dien Bien Fu, llevando material bélico y medicamentos a las fuerzas situadas. En plena noche, la escuadrilla de “Fliyin Boxcars” repostó, emprendiendo el vuelo antes del alba, dispuestos a lanzar también algunos centenares de arriesgados paracaidistas. Precisamente, uno de ellos acompañó a Alan durante todo el camino, en la cabina de mandos, charlando con él.

—El coronel De Castries nos recibirá bien —dijo el hombre, con un rictus de burla en los ojos—. Pero mejor nos recibirán si nos divisan los artilleros chinos.

Alan apretó los dientes, y no dijo nada. Ya había oído, y era impopular la noticia en todos los frentes, que los sitiadores de Dien Bien Fu disparaban sobre cualquier cosa viva o inanimada que se arrojase por aire a la plaza fuerte. Incluso paquetes de medicamentos y plasma sanguíneo—debidamente marcados con la cruz roja, bien visible— eran destruidos mientras descendían en los paracaídas. A veces, la sangre envasada, enviada por lejanos y generosos donantes, se derramaba sobre las mismas ruinas de la fortaleza. Mientras tanto, los heridos y no combatientes claudicaban en su interior, luchando contra la fiebre y la debilidad.

—El día que los rebeldes dominen las dos pistas de aterrizaje, estaremos perdidos —dijo, sonriendo, el hombre que se disponía a sacrificar su vida de modo voluntario.

—Para entonces funcionarán autogiros, en el peor de los casos —aseguró Curtis—. Esos aparatos se pilotan mejor y tienen más

facilidad de maniobra. Según tengo entendido, el general Navarre mandó ya algunos, para la evacuación de heridos.

—Pero los cochinos amarillos disparan sobre todo, por muy visible que estén los emblemas sanitarios. Se justifican diciendo que combaten acciones militares camufladas. ¡Sacar algo o alguien de Dien Bien Fu!...

Era marzo del 54, y pronto iban a tener dramática culminación aquellas palabras. Pero aún tenían que pasar muchas cosas. Una de ellas, la más inmediata, llegar a la fortaleza y descargar las armas y el herramental sanitario, hombres y víveres.

La operación no se hacía esta vez protegidos por el símbolo de la Cruz Roja, sino fiados de la solidez y rapidez maniobrera en los aviones, así como en las ametralladoras, emplazadas a popa y proa de los mismos. En caso de no presentarse enemigos, los soldados que las servían estaban dispuestos a arrojarlas con ellas, también, sobre todo el campo amigo.

No ocurrió nada de momento, y, con un saludo, Alan y sus compañeros pilotos se despidieron del centenar de valientes que acudían a reforzar la posición. La mayor parte de ellos eran soldados legionarios; pero había también algunos vietnamitas. Gentes que sabían que no habían de volver a la civilización, pues la suerte de Dien-Bien Fu estaba de antemano echada.

La batalla por la posición clave podía prolongarse algún tiempo o tener un inmediato desenlace. “Le Figaro” decía, tan solo una semana antes, que la “ducha” con bombas “napalm” de la zona circundante del campo hacía insostenibles las posiciones de los atacantes. Por tanto, el general rojo Giap tenía que intentar el asalto definitivo. ¡O atacar y vencer la resistencia de la plaza, o retirarse!

Alan iba meditando sobre todo ello al regresar, en su aparato transporte. En la extraordinaria suerte que había tenido para cumplir su misión sin ningún incidente, sin imaginarse que una verdadera tormenta de metralla venía en camino. Las fuerzas de Giap habían llegado tarde para unos, pero demasiado pronto para otros.

Se veían ya las casas de Hanoi, cuando una verdadera nube de cazas “Mig” se interpuso en su camino. Las fortalezas no podían competir con ellos en agilidad y, por otra parte, no tenían fuego de cobertura. Se imponía el sacrificio de ocho magníficos aparatos, si Dios no lo remediaba. Hablando por la radio a sus pilotos, el jefe de la escuadrilla dijo:

—Dirigíos en derechura a Hanoi, abriendo todo el gas. Pronto estaréis bajo la protección de los antiaéreos propios, y, aun

averiados, podréis aterrizar. Yo...

Nadie habló. Parecía adivinarse la tensión de los otros aviadores, esperando la continuación de la frase que adivinaban dramática. Entonces intervino el yanqui.

—Yo —siguió Alan—no puedo adelantarme, comandante. Tengo una avería importante. Si me lo permite, lanzaré una nube de humo, a cuyo amparo puedan ustedes escapar. Comoquiera que sea, yo me cuidaré también de zafarme de “ellos”.

—¡Buena suerte!... —se oyó por el casco receptor—. ¿Algún encargo?

—Pues... ¡sí! Recuerdos a *mademoiselle* Lecroix —dijo Curtis, jovial—. Si aterrizo en la selva, y he de volver a pie, la llevaré un ramo de florecillas silvestres.

—Guárdalas para ti, si te cogen los amarillos —contestó un aviador desconocido—. Y apresúrate: ¡ya están esos ahí!

Efectivamente, frente a ellos y en formación de “uve” avanzaba una escuadrilla de cazas a reacción. Era como un bando de milanos, que viniese a apoderarse de una bien nutrida formación de gansos, gordos y lentos.

Pero uno, el primero, dio un salto material en el aire, al soltar todo el gas. Pareció dispuesto a embestir a los cazas, en lugar de eludirlos. Y luego, como si hubiera sido tocado por una de las ametralladoras que crepitaban, surgió de sus entrañas una nube de humo negro y espeso.

De momento, los rojos no se dieron cuenta de la maniobra. Y cuando quisieron reaccionar, era tarde. Aquella nube en cantidad creciente no era un siniestro, sino un truco; se trataba de humo destinado a envolver y proteger la huida de los otros aviones de transporte.

Iracundos, reconociendo la finta, los aviadores de los “Mig” se lanzaron como un enjambre de avispa contra el avión que se ofrecía a su voracidad. Alan no podía escapar detrás de la nube de humo que él mismo formaba. La afilada proa de la cabina de mando quedaba siempre fuera de la zona negra, como la punta de una flecha. Y los cazas podían superar en velocidad al “Fliyin Boxcars”, hasta envolverlo.

De todos modos, Alan no estaba dispuesto a convertirse en una víctima propiciatoria, una vez calculó a sus amigos a salvo. Hizo capotar el aparato que conducía, formando una “Himelmann”. Y colocándose, mediante este procedimiento, en el centro de la nube formada por él y a retaguardia de los “Mig”.

Los lobos del aire salieron de la nube mirando a diestro y

sinistro. ¡Nada! En la parte diáfana del cielo no se veía ni rastro enemigo. Y no podía seguirse en tanto que la nube de humo no se disipara.

Pero podían hacer algo positivo, y era interferir la ruta del avión solitario. Esto era fácil situándose entre la selva y Hanoi. En cuanto la nube de humo se borrara, tenía que verse al aparato. Tanto si seguía en el aire como si provocaba un aterrizaje forzoso.

Esta última era la idea de Alan. Tenía aún una ametralladora, fija a proa, en una torreta giratoria. Pero no podía utilizarla simultáneamente a los mandos del avión. El deseo de dejar en Dien Bien Fu el mayor número de combatientes, les privó de una defensa al regreso. Lo que fue una, acción magnífica, sin bajas, pudo convertirse al final en una retirada desastrosa.

Mirando a tierra, gracias a la ventaja de que el humo artificial se mantenía sin descender, estacionario, Alan vio un claro del bosque que podía permitirle un aterrizaje perfecto. E incluso, si tenía suerte después, un despegue con ciertas probabilidades. Picó, iniciando una curva en ángulo de cuarenta y cinco grados. El aire gimió al ser herido por los timones de popa.

Apretando los dientes—para contener el deseo de gritar, propio en el descenso vertiginoso—. Curtis llegó a ver que los árboles se “precipitaban” hacia el aparato, dispuesto a clavarle el agudo lanzazo de sus copas. En el último segundo, Alan cortó el gas, detuvo el motor y realizó una maniobra que le ponía cara al cielo, como único medio de frenar aquella caída a plomo.

El bache de aire cumplió su cometido, en efecto. Con mucha menos velocidad, el yanqui repitió el alucinante vaivén. Y al cabo pudo posarse en un claro del bosque, como una urraca lo hace sobre una piedra, equilibrando con su cola el efecto del aterrizaje.

Pero Alan no pensaba detener el aparato allí, al descubierto. Aunque el terreno estaba lleno de matorrales y enfangado, tenía una magnífica atalaya desde el aire. Así, arrostrando capotar—y dar incluso la vuelta de campana—. Alan no frenó. Dejó deslizarse el aparato por el terreno inculto, en busca de la protección del arbolado. Allí, debajo de la masa verde, estaba relativamente seguro.

Dando tumbos y rozando los matorrales diseminados por allí, la marcha del aparato se fue reduciendo, mientras los árboles parecían avanzar a su encuentro, con las ramas tendidas en ademán cordial. Pero aquello era terriblemente engañoso, y Curtis lo sabía. Cuando ya el aparato iba a estrellarse, lo hizo parar, con brusco rechinar de la rueda izquierda. En el acto, aquella parte

pareció quedar clavada en tierra, y todo el aparato giró sobre un eje invisible. El extremo del alerón derecho no rozó por pulgadas un árbol, y el “Flying Boxcars” quedó enfilado hacia la original pista de despegue. Frenó entonces el yanqui la otra rueda, y, levantándose del asiento, corrió hacia la ametralladora de popa.

Estaba seguro de que, aun protegido por el arbolado, los “Mig” tratarían de aniquilarle de algún modo. Bien ametrallando a ciegas, o aterrizando ellos mismos y cercándolo. Pero ya la ventaja numérica estaba compensada por la estrategia de Alan. No los temía.

Pronto se convenció de que sus enemigos no eran lerdos tampoco. Por esa premonición propia en los aviadores, adivinó la sombra y el bramido de un “Mig” antes de que llegara a donde él estaba volando. Y sintió cómo sobre su aparato caía una verdadera nube de ramas segadas. Los rojos estaban disparando a ciegas, indicándose unos a otros el camino, en un barrido de muerte.

Otro “Mig” pasó a continuación, orientándose por el destrozo causado por su predecesor. Y volvió a vaciar tambores asesinos. A todo esto, Alan no había colocado aún su arma automática en aquel anormal ángulo de tiro.

Se arrojó al suelo del avión, y a guisa de escudo protector se colocó bajo un petate arrollado que encontró. Y cuando pasó el tercer avión a chorro, dejándose ver por el claro formado por la poda de balas, Curtis siguió su marcha con un rastro de fuego. Y acertó plenamente: el avión enemigo se desintegró en el aire.

No tiene nada de extraño que su puntería fuese mejor que la de los otros. Los enemigos, volando a gran altura, tenían que localizar el punto escondido en tierra, protegido por los árboles, y acertarle. En tanto, y en posición contraria, Alan no tenía sino que seguir la sombra que volaba sobre él, y procurar atemperar el giro de su ametralladora con la marcha del “Mig”.

Aún hubo otra víctima entre los aviones rojos antes que sus pilotos desistieran de alcanzar al que había sabido convertir la derrota en victoria. Y cuando al fin se, retiraron. Alan procedió a desmontar la ametralladora y a cargársela en las espaldas. Tenía un par de millas hasta llegar a Hanoi; pero prefería llegar reventado y vivo.

Había abandonado el avión, pues las ramas caídas a su alrededor lo averiaron, confiando que Una brigadilla de recuperación lo arreglaría. Su deber estaba en regresar sin tardanza: no podía olvidar que aún no había averiguado nada concreto sobre los sabotajes. Tan solo tenía sospechas acerca del padre de Edith, por

su derrotismo. ¿Se habría confiado a él por aparentar ser alemán? ¿Sería uno de los militares que colaboraron encubiertamente con los germanos durante la ocupación de su patria?...

De ser así, Alan no se atrevía a juzgarlo. Por aquello, se entiende. Puesto en la disyuntiva de sacrificar su país y de capitular con el enemigo, le solución no era fácil. Máxime existiendo por entonces el clímax de victoria favorable a los teutones. Europa entera parecía un paseo bajo su bota militar.

Pero lo de Indochina era distinto. Se luchaba igualmente contra un atacante, pero había muchas probabilidades de vencer. La metrópoli quedaba lejos, y Francia no estaba sola ante sus enemigos. Precisamente, Foster Dulles había ofrecido recientemente la ayuda incondicional de Norteamérica, ayuda que se estaba demostrando prácticamente. El setenta y cinco por ciento del coste de la guerra estaba siendo sufragado por los Estados Unidos.

Lo que Ho-Chi-Min necesitaba era una victoria militar que ofrecer en Ginebra, como chantaje o carta de presentación del Vietminh. Cuantos más delegados rojos se sentasen en la mesa de las discusiones, mayores y más complicadas serían estas. Y se iría dando una especie de consenso, de “placet” como beligerante al comunismo encubierto.

Alan echó a andar hacia Hanoi, pendiente de cualquier rumor que pudiera transformarse en una desagradable sorpresa para él. Por ello, al pasar por unos matorrales y sentir un ruido levísimo, animado, se sobresaltó. Y sin más preámbulos, enfiló la ametralladora y lanzó una rociada fatal.

Nada se movió después. Lo que hubiera llamado su atención ya no existía. Entonces, dejando el arma en tierra, Curtis se acercó al tupido matorral y miró en su interior. No se había equivocado. Unas manchas de sangre marcaban un sendero diminuto.

Por un momento, Alan sintió tal nudo de horror en la garganta, que le cortó la respiración. Pensó, al ver aquel rastro de sangre tan exiguo, que acababa de matar a un niño. No tendría nada de particular que hubiese inmolado a un pequeño nativo.

Pero, amarillo y todo, la sospecha produjo en Alan crispaturas de espanto. Siguió su investigación, maldiciéndose a sí mismo.

Estuvo a punto de echarse a reír cuando advirtió de lo que se trataba: era una paloma la que había producido su alarma. Seguramente herida de antes, en la refriega aérea, cayó allí, y sus alas alicortadas, al acercarse Curtis, produjeron aquel estrépito. El animalito había muerto ya; una débil y sutil membrana velaba sus ojillos. Y al sacarla fuera, en las manos, Alan observó algo curioso.

Se trataba de una paloma mensajera.

Buscó el dispositivo debajo del ala y lo encontró intacto. Entonces, abandonando al animal muerto, el yanqui utilizó una ramita hendida para sacar el mensaje arrollado y alisarlo entre sus dedos. Estaba escrito a máquina, en una clave absurda e indescifrable, por el momento...

Pero una cosa era evidente. Por la proximidad de la ciudad y la situación del animal, este venía o salía de ella. Y como lo más fácil era que saliese —pues las palomas no suelen soltarse de noche y hacía poco que había amanecido—. Alan dedujo que era un mensaje del mando francés en Hanoi. ¡O de cualquier espía!...

Interesaba localizar la máquina de escribir donde se cifró aquel mensaje. Alan no había mentido al decir que no entendía bien el francés escrito, y menos para resolver un criptograma. Por tanto, ocultaría su secreto e investigaría por otro camino, el que le brindaban ciertos detalles característicos de la máquina de escribir.

La Policía de todo el mundo sabe —e igualmente los encargados de hacer gestiones privadas— que es posible identificar una máquina entre millares de ellas, incluso de la misma marca y compañeras de serie. Debido a la pulsación, al mayor o menor uso, a pequeños percances, el teclado adquiere una serie de características, que le van distinguiendo cada vez más. Y así como no hay un solo juego de huellas digitales repetido, entre millares y millones de humanos, cada máquina de escribir posee sus rasgos peculiares. Que se acentúan a medida que aumenta su uso.

En el mensaje captado casualmente por Alan, la letra “r” estaba torcida y un poco machacada. No era esta letra sola la que señalaba un distingo, pero el agente del F. B. I. se comprometía, por aquello, a identificar la máquina en cuanto le echase la vista encima.

Caminando, reflexionando y vigilando, Alan Curtis llegó a las inmediaciones de Hanoi. Y llegó sano y salvo a la ciudad antes de lo que calculaba, porque una patrulla de coches había salido a buscarle. Así terminó el camino con cierta comodidad, y relató sus andanzas.

De lo que no habló con nadie fue de la “colombe”, como dicen los franceses. Aunque tenía una idea definida de donde había un palomar, destinado a guardar aves mensajeras.

## VII



ODO el material yanqui que llegó durante la semana anterior procedente de los puertos indochinos de Mon-Cay, Phat-Diam, Quang-Tri y Bac-Lieu, estaba en perfectas condiciones. El enemigo no había vuelto a organizar “raids” contra él, y prácticamente desconocía su existencia.

Esto hizo a Alan sospechar con mayor certidumbre aún. ¿Sería motivo de aquella falta de actividad criminal la muerte de la paloma, de la cual él solo estaba enterado? Hubiera deseado poder descifrar el criptograma, o enviarlo a un técnico en mensajes cifrados para su traducción; pero no se atrevía a hacerlo, ante el temor de que el edificio de su cautela se viniese abajo.

En su misión no trataba de averiguar más o menos detalles periféricos, sino de llegar al nudo de la traición, del sabotaje. Descubierta la persona y eliminada, el resto se desmoronaría con ella, lógica y fatalmente. Ya que no existía una verdadera organización clandestina, sino tipos aislados, que obraban con plena autonomía.

El ejemplo de los hombres-suicida se extendía, por desgracia, a todas las actividades bélicas. Alguien recibía una consigna, y cierto dinero o poderío. A continuación, empleando un símil pintoresco, podía decirse que suprimía el cordón umbilical que le ligaba a la base nutricia. Solo, pero también impermeable a delaciones o errores. Por consiguiente, el comisionado para poner a los del Vietminh en antecedentes del material americano que llegaba, no podía ser un cualquiera.

Con galones o no, el tipo que Alan buscaba tenía una fuerte y acusada personalidad: se jugaba el tipo a diario, y podría ser encausado en un juicio sumarísimo. También Alan tenía que obrar con independencia. Era posible que otros compañeros del F. B. I. estuvieran destacados, con la misma misión, en distintas plazas de la península en guerra.

Cada vez se concrecionaban más las sospechas en torno a la figura del comandante militar de la plaza, Gastón Lecroix. Pero tenía que haber un detalle que le señalase de modo indudable. A él o a alguien que estuviese en su íntimo contacto.

Al día siguiente de su regreso a Hanoi, libre por segunda vez de las asechanzas rebeldes, Alan recibió una cartita de Edith. Escrita a máquina. Y le dijo entre líneas más que lo que representaba su texto.

A fuerza de investigar, Alan había localizado otras máquinas de escribir y tomado muestras de su escritura. Ninguna coincidía en sus características con el mensaje que encontró sobre el cadáver de la paloma. Y hete que, de pronto, tuvo ante sí la prueba definitiva de que sus sospechas estaban bien orientadas. Pese al incentivo cariñoso de la carta —que Edith no trataba en su inocencia de disimular—, el yanqui sintió frío en la sangre al repasar lo escrito. Decía así:

“Estoy esperando aún las florecillas de la selva. Si no las encontré, Alan, yo le diré un sitio—muy cerca de mi casa—donde hay muchísimas: ¡en mi jardín!

“¿Por qué no viene a vernos con más frecuencia? No debe imponerle la disciplina, pues papá —fuera de servicio— es el hombre menos militar que conozco. Y si no le agrada la conversación sobre temas bélicos, yo le brindaré otros motivos de charla.

“No me haga esperarle más. —*Edith*”.

La letra “r” campeaba en todo el escrito con su pequeña desviación y su terminación machacada. No valía buscar un pretexto que frenase la impetuosidad de la evidencia: aquel escrito había salido de la misma máquina que el capturado en cifra por Alan.

Lo que faltaba saber era la cantidad de gente que tenía acceso a la casa del comandante Gastón. Alan se imaginaba que muchos, pero entre ellos se podrían seleccionar buena cantidad que no tuviese acceso a la máquina. Un mensajero que lleva un paquete, un criado o un invitado ocasional no se sientan a escribir notas, y menos con la profusión de que daban muestra los informes enviados a los rebeldes.

Curtis había tenido que hacer en su vida muchas y muy variadas pesquisas, empleando en ellas procedimientos que no fueren todos leales. Al enemigo hay que combatirlo con sus propias armas —digan lo que quieran moralistas o puritanos—, sobre todo cuando se

juega el destino de la Humanidad. Hay casos en que están justificadas las mayores bajas y falsedades.

Pero el joven sentía verdadera aprensión al pensar que iba a valerse de una joven, candorosa y enamorada, para lograr el éxito en sus pesquisas. Y que, sobre todo, era una hija la que estaba dándole los elementos precisos para descubrir a su padre, consiguiendo para él el más terrible y vergonzante de los castigos: la degradación y la muerte por la espalda.

Así y todo, superando su repugnancia, Alan fue a la tarde siguiente a casa de los Lecroix. Recibido cordialmente por Edith, y como la joven estaba sola, decidieron esperar el regreso del padre paseando. Pero la labor de Curtis no debía desarrollarse en plan romántico, y cualquier pérdida de tiempo le parecía criminal. Pronto llevó la conversación al terreno que le convenía.

—¿Dónde está tu papá, Edith? —la preguntó, pasando un brazo, como al desgaire, por la cintura de la joven.

Edith no pareció sentirse afectada por el contacto audaz. Se zafó sin brusquedad, con una sonrisa turbada y turbadora, con un auténtico sonrojo, que dio a Alan la garantía de que la joven no era ducha en lides amorosas.

—Papá está ahora girando su visita diaria de inspección —contestó ella—. En realidad, resuelve casi todos sus asuntos aquí, en casa. Pero necesita revisar las defensas de la ciudad a diario, para convencerse por sí mismo de que no sucede nada. Es un prurito creado por los continuos sabotajes.

La conversación que tanto interesaba a Curtis fue abandonada rápidamente por Edith. A ella le gustaba hablar de la juventud azarosa y de la niñez de Curtis, para conocerlo mejor. Saber si tenía familia, amistades íntimas, amores. Sugestionada desde el primer momento por el valor y el carácter enérgico de Alan, Edith comprobó que su impresión perduraba. En sus actuaciones, el falso alemán demostró que no era un tipo blando, sino que, por el contrario, el heroísmo y la acción parecían ir colgados de su brazo. Ahora le interesaba saber si Alan tenía el corazón ocupado por otro amor, si era un aventurero incapaz de fijar su residencia en un punto... Todos esos detalles de los que una mujer enamorada es tan hábil investigadora.

Y en esta charla—girando en torno de posibles amistades, familia y afectos—, pronto encontró Alan el pretexto que necesitaba para seguir sus investigaciones.

—No, querida; ¡no! —se atrevió a decir—. No tengo familia, ni esposa; soy soltero y libre como el aire, por desgracia...

El rostro resplandeciente de Edith demostró que le parecía aquella desgracia, por contraste, la mayor y mejor de las felicidades. Toda ella parecía exultar una fiebre sutil, que hermoseaba su rostro y ponía en sus labios puros temblores. Una cervatilla cautiva, al recibir las caricias de su cazador, no puede estar más transida de emoción, de suave miedo.

—Lo siento, Alan —dijo la francesita—. Pero... ¿ni siquiera amigos?

—Amigos, sí; tengo muchos... Todos ellos provistos de abundante barba y crespo bigote; no vayas a creer —siguió, al ver la palidez que había atacado a Edith—. Por cierto que estoy quedando con ellos como un cochino. Prometí escribirles en cuanto que llegase aquí, y aún no lo he hecho...

—¿Pereza? —preguntó Edith.

—Horror a coger la pluma, diría yo —contestó Alan—. En Argelia escribía a máquina, y enseguida terminaba el compromiso. Pero a mano me cuesta un triunfo.

Para una joven sincera, candorosa y con deseos de agradar tenía que bastar aquello como estímulo. Y en efecto, Edith se apresuró a poner a Alan frente a una máquina de escribir, de construcción norteamericana y en perfecto estado.

—No sé si sabré manejarla —dijo Alan, tecleando como al desgaire sobre una hojita de papel—. Estoy habituado a las máquinas de mi país y...

No mentía con ello, pero observó que la letra “r” en aquella máquina era perfectamente normal. Y además, los tipos no coincidían con los del mensaje. Sin embargo, aún tenía que aquilatar más; siempre la condenada reiteración en todas las pesquisas.

—Me gusta, aunque no es muy ligera —dijo—. ¿No tenéis otra?

Por un momento vio en el rostro de Edith el deseo de negar. Pero, enfocada directamente por los ojos grises de Alan, no pudo o no supo mentir.

—Arriba tenemos una portátil, muy vieja —exclamó ella—. Apenas la usa papá en algunas ocasiones. Y yo, cuando no quiero bajar aquí, la uso sobre la misma cama. Es muy cómoda...

—¿Es... en la que me escribiste la cartita invitándome a venir? preguntó Alan, iniciando una suave caricia.

—Sí —confesó Edith, aunque la aclaración era innecesaria.

Y acababa de arrojar unas paletadas de arena sobre un corazón masculino, que empezaba a sentirse interesado por el candor y la belleza.

De nuevo la desconfianza, esa inseparable compañera del investigador de asuntos criminales, aleteó al oído de Alan, diciéndole: “No seas, tonto: ¡ella finge! No te hubiera dicho de la existencia de la otra máquina; pero no ha podido mentirte. Sabía que la descubrirías. Tal vez, ella sea la cómplice de su padre. Una Mesalina que trata de cegar tu percepción. ¡Cuidado!”

Sintiendo todas las torturas del infierno desgarrándole el pecho, Alan siguió charlando de cosas intrascendentes. Precisamente de las que agradan a las mujeres, reprimiendo centenares y miles de preguntas. Pero no quería seguir sacando detalles de forma insidiosa.

Cuando al cabo de un rato intentó marcharse, Edith, con un delicioso mohín, le dijo:

—No seas tonto... Tienes la oportunidad de comer con nosotros mejor que en el cuartel. Y... en mejor compañía. ¿No crees?

—Pero es que no he pedido permiso... —indicó el yanqui.

Hablaba sin convicción, pues sabía que, informados en su regimiento de la relación de Curtis con el comandante bastaría un aviso por teléfono para inhibirle de formalidades. En pocas intervenciones, Alan había mostrado su valía, y se le consideraba uno de esos héroes a los que no se puede someter a control riguroso. Era la propia opinión del comandante, poco inclinado de por sí a sometimientos castrenses.

—Acepto, preciosa —dijo Alan—. Pero ten presente que abusaré de la hospitalidad si tu padre me fuerza a discutir con él. Tiene una forma muy peculiar de enfrentar las cosas.

—Papá es el mejor hombre que conozco —dijo Edith, tras un pequeño titubeo—. Luego se echó a reír, exclamando—: Bueno, uno de los “dos” hombres mejores que conozco. Y no se molestaría en absoluto si le dices lo que te parece; precisamente le gusta la libre discusión. Y, como él dice, cuando se quita la guerrera no es el comandante, sino un apacible paisano.

Bajo aquellos auspicios, Alan se prometió a sí mismo adelantar unos cuantos pasos en su investigación. Y aunque a la llegada del comandante le molestó la compañía de Hugo d’Artois—el teniente que cortejaba a Edith tan respetuosamente—, en la sobremesa le encontró agradable.

—Amigos míos —dijo Lecroix, dirigiéndose indistintamente a sus dos oyentes, pues su hija no rezaba en la controversia—: amo a Francia, pero soy universalista por excelencia. No apátrida, bien entendido, sino liberal. Sin ser partidario en los “ismos” actuales, me gusta que cada cual manifieste su opinión con toda libertad.

—No estoy de acuerdo, comandante —dijo el joven D'Artois—. Yo divido a los franceses en buenos y malos, según den preminencia o posterguen su patria a otros intereses.

—¡Bravo! —exclamó Alan, animado por la bebida, según parecía—. Ese es el concepto típicamente germano: Alemania por encima de todo. Y después, si es posible, política de buena vecindad.

El comandante no sufrió gran desánimo ante el ataque concéntrico de sus dos oyentes. Escanciando nuevamente licor a los dos comensales, especuló.

—Así tenemos a Francia y Alemania, por ejemplo, debatiéndose Continuamente en las mallas de su propia reconstrucción. ¿Quién destruye a Francia? ¡Alemania! —se contestó a sí mismo—. ¿Y quién sujeta del cuello a Alemania después con la cadena de las reparaciones económicas? ¡Francia! Franceses y alemanes languidecen porque sus políticos respectivos no saben ponerse de acuerdo, anteponiendo sus intereses respectivos. ¡Bonita manera!

—“Fair play” llaman a eso los ingleses—expuso Alan, sonriendo, despectivo—. “Laisser vivre” (dejar vivir), dicen ustedes. Pero a mí me parece una cobardía, la táctica del avestruz.

—¡Magras! —exclamó el comandante, excitándose—. Vean el ejemplo de la India, que ha sabido vencer el yugo inglés y conseguir su independencia a base de resistencia pasiva. Y ahora, hábilmente, burla a sus vecinos rojos. La violencia engendra la violencia, y no podrá haber paz mientras las naciones sigan la carrera del armamento.

—Es que los demás países aprietan —dijo Alan, tratando de no indicar a ninguno en especial—. Vienen sacudiendo leña...

—Ahí está el Tíbet —siguió Lecroix—. Los rusos jamás podrán jactarse de haber conquistado el Techo del Mundo. Y aseguro desde aquí que los lamas sabrán infiltrar sus ideas religiosas a sus ocupantes. Tendremos, al cabo, el dilema que exponía un editorialista en días pasados. ¿Lo recuerdan?

Los dos que escuchaban al comandante hicieron un gesto negativo. No recordaban ningún artículo periodístico que se relacionase exactamente con sus palabras.

—Prepáranos el café, querida —dijo Gastón a su hija—. Además, a ti no te hace falta oír estas conversaciones. Te las sabes de memoria y estás identificada con ellas.

—Sí, papá —aseguró la mujercita, con tierna mansedumbre.

—Pues bien, muchachos —siguió el comandante, festivo—. Leí hace unos días algo muy gracioso, respecto a China y la U. R. S. El periodista decía algo semejante a esto: “Un hombre, paseando, se

encontró un perro; un ejemplar magnífico, de esos que ganan premio en todas las exposiciones. Parecía que no tenía dueño, y lo amarró con una correa a su muñeca para que no se le escapase. Pero el perro echó a andar, y era tal su potencia, que remolcaba a su nuevo amo por dónde él quería”. El articulista, señalando a Rusia y su reciente amigo Mao-Tse-Tung, preguntaba: “¿Es Molotov quien conduce a China, o Mao el que arrastra a la Unión Soviética?”.

—No me convence —protestó Alan—. Dos fuerzas pueden destruirse o sumarse, según los casos... Y no seré yo el que espere sentado a que Rusia sea absorbida por sus vasallos.

—¡Porque tiene usted un condenado y diminuto cerebro teutón! —protestó el comandante—. Y no ve más allá de lo que le mandan ver, de lo que le han enseñado. Si eso es disciplina, ¡reniego de ella!

Alan parecía que iba a ser fulminado por un ángel exterminador. Edith estaba fuera de la habitación comedor aún, y el yanqui recibió ayuda de quien menos esperaba. Del otro pretendiente de la joven, del que tenía en la casa prerrogativa oficial.

—¡Nada de eso, mi comandante! —exclamó Hugo d'Artois—. Opino como este bravo legionario. Si cada francés, cada alemán, cada inglés, cada ciudadano se erigiera en baluarte de, su personalidad, de su opinión militante, entonces el mundo sería un caos. Y cualquier “madrugador” nos cogería distraídos, como a los conejos de la fábula. Yo soy francés y obedezco a mis jefes, tengan o no razón. Luego de obedecer, pienso si han podido equivocarse. Y, en tal caso, envío a la superioridad una relación detallada de mis dudas. Así, cumplo a la vez con la disciplina y con mi libre albedrío. ¡Y nadie podrá nombrar contra mí un consejo de guerra! terminó, enfático.

La llegada de Edith con el café cortó el conato de polémica. La jovencita sirvió abundantes terrones de azúcar, como una simbólica ofrenda de armonía. Cada cual era libre de darles más o menos vueltas con la cucharilla, según su gusto. A su modo, era también una definición típicamente femenina.

Al terminarse la cena, Alan pretextó no poderse demorar más. Así, salió de la casa, siendo acompañado hasta el jardín por la jovencita. Mientras los otros dos hombres se quedaban conversando en el interior, la bella se apoyó en la verja, contemplando el fondo de las pupilas de Alan.

—¿Se divirtió? —se atrevió a preguntar.

—Mucho —mintió Curtis—. Aunque sentí que la más deliciosa mujer no nos hiciera compañía todo el rato. Eso de tener que servir el café a la vez...

—Si un día desea probar la cocina indígena podré estar a su lado todo el tiempo —aseguró Edith—. Mi criada no entiende una palabra del guiso francés, y tiemblo al pensar que pueda echar aguardiente de caña o un puñado de especias. ¿Se divirtió de veras? —tornó a preguntar.

Había verdadero patetismo en la pregunta. Se veía que Edith no deseaba que Curtis se marchase tan pronto; temía demasiado por él en aquella especie de volcán en activo de Indochina. Como si la luz nocturna pusiera un feo efecto sobre Edith, Alan la tomó de los hombros y la colocó en una zona más sombría.

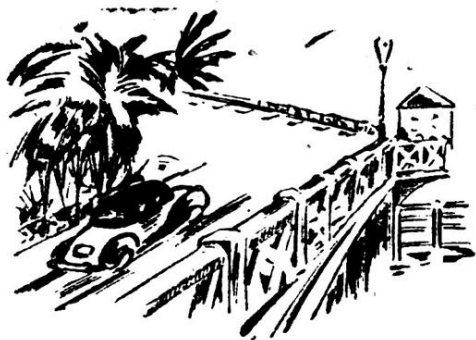
—Así estás más bonita —musitó—. Parecía que la luna arrojaba ceniza sobre tus cabellos.

Alan tuteaba a la joven casi desde su primer encuentro. Edith era medrosa y temía una mayor confianza. En sus ojos pugnaba por asomarse una perla líquida, contagiada su dueña de la belleza poética del momento. Y Alan comprendió que, más pronto o más tarde, tendría que decidirse.

—Cierra los ojos un poco, ¿quieres? —preguntó, acentuando su presión sobre las manitas marfileñas—. Voy a... ¡besarte!

La luna quedó velada por una nube, y la silueta juvenil de Edith por otra más recia y potente. Unos segundos después todo volvía a la normalidad, excepto las mejillas de una joven, que se enrojecían y se ponían pálidas con una curiosa versatilidad.

Al encaminarse a su cuartel, Alan iba silbando involuntariamente una cancioncilla. Y, sin saber por qué también, se calló; dio una patada a una piedra y lanzó un gruñido de mal humor.



~~~~~  
¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN



VIII

BJETIVAMENTE, haciendo abstracción de sus pensamientos íntimos, personales, Alan estudió los resultados obtenidos. Y el resumen no pudo ser más catastrófico.

Edith trataba de engatusarle, atrayéndole a su órbita. La joven y su padre estaban en complicidad. Y una de dos: o se sabían descubiertos o, siendo fanáticos en su aberración, pretendían hacer sus ideas extensivas a todo el que gozase de su intimidad.

En apoyo de este argumento, el joven repasó en la memoria retazos de conversaciones, en los que Edith y el comandante combatían la disciplina, tratando de desvirtuarla. Sus argumentos, más o menos falaces, estando de por medio los intereses de una patria y de una civilización, resultaban incalificables.

El agente del F. B. I. no había podido ver en sus merodeos por la casa de los Lecroix —o en sus inspecciones clandestinas— rastros de un palomar. Pero esto no era obstáculo alguno, ya que una de las condiciones en que se desarrolla la vida de las palomas mensajeras es la de absoluto aislamiento. De esta forma, al ser puestas en libertad, los animalitos no vuelven a su cautiverio; El remoto nido las atrae sobre cualquier otro, y recorren centenares y miles de millas por buscarlo, orientándose gracias a su maravilloso instinto.

Llegado a un punto muerto en sus trabajos, el yanqui empezó a exasperarse. De un momento a otro podría ser destinado a una guarnición lejana, y en aquel caso no tendría más remedio que abandonar Hanoi. Medio triunfo significaba un fracaso, igualmente.

Tenía una pequeña posibilidad, que decidió jugar. D'Artois —el oficial francés, rival en el afecto de Edith— le había manifestado adhesión, hasta el punto de discutir con el comandante a favor del yanqui. Decidió visitarlo y, de hallar una oportunidad, sondearle, llevando la conversación hacia el punto que le interesaba. Hugo vivía en una casita de las afueras de la población, y, al día siguiente, Alan se dispuso a interrogarle. Era muy temprano, la hora

más oportuna para encontrarle allí al oficial. Alan podría simular un encuentro fortuito o el deseo, en último caso, de informarse acerca de los Lecroix con miras a su incipiente amistad con Edith.

Como francés, el tipo tenía esa ductilidad propia del carácter galo, y Curtis estaba seguro de no ser mal recibido ni en el caso de transparentar cierto afecto a su prometida. Después de todo, abordar el problema cara a cara denotaba honradez.

El americano llegó, caminando despaciosamente, hasta la casita aislada. Vio que no había posibilidad de esconderse ni de simular un encuentro, y estaba decidido a llamar cuando un revoloteo le hizo alzar la vista. Una pequeña paloma con todas las características de ser portadoras de mensajes² salía en aquel momento de una torrecita erigida en lo alto de la construcción, como una magnífica atalaya.

Lo era, en efecto, y por un momento, dos personas desearon que la tierra se abriese para tragarlas. Alan maldijo su imprevisión, que le ponía frente a una nueva faceta del enigma. Y el oficial francés, para quien el valor tesonero del falso alemán se había hecho sospechoso, comprendió que había dado un “faux pas”. Unos minutos antes, o muchas horas después, el soltar aquel animalito cautivo no hubiera tenido trascendencia. ¡Entonces, sí!

Sobre todo cuando vio que Alan, abandonando su pensamiento inicial, se apartaba de la casa a la que llegaba en plan de visita. Eludiendo el cuerpo como si fuese un malhechor, retrocedió, procurando dar a sus pasos un aire casual que antes no tenían. Fue un error táctico, pero ya estaba hecho.

El yanqui confiaba en no haber sido visto, mientras el francés maldecía de su mala suerte. Y, desde aquel momento, concibió un odio impío hacia el hombre en quien adivinaba un investigador. Lo que Alan no fomentó en sus visitas y atenciones a Edith lo logró en aquella especie de escapada, si puede llamarse tal a una marcha furtiva y veloz.

El nuevo problema o la derivación del antiguo adquiría para Alan extrañas secuencias. ¿Era el oficial D'Artois cómplice del comandante? ¿Operaba por su cuenta, aprovechándose de su acceso a la casa de los Lecroix para escribir en la máquina portátil sus mensajes? Parecía difícil desligar en lo sucesivo a aquellas tres personas unidas por vínculos afectivos.

¿Era una “posse” en D'Artois aquella disciplina a raja tabla? ¿O, por el contrario, la aparente indisciplina del comandante? ¿Podría ser una trampa al hombre que cortejaba a su hija, en quien adivinaba un traidor? ¿Obrarían ambos por separado, con el mismo

afán de asestar una puñalada al Imperio francés?

El asunto era espinoso, y merecía redoblada atención. Lo malo para el agente secreto era que, en lo sucesivo, iba él mismo a ser objeto de espionaje furibundo; que no podría evitar, toda vez que, inconscientemente, la fatalidad se disponía a jugarle una mala pasada. La peor de toda su vida de servicio a las órdenes del Federal Bureau of Investigation.

Ello sucedió solo unas horas más tarde, al llegar al aeropuerto un nuevo contingente —ya anunciado a leales y rebeldes— de armamento norteamericano. La inmensa sangría de Dien Bien Fu exigía aquella aportación, para evitar que el fuerte se convirtiese en una encerrona mortal.

En el aeródromo de Hanoi, varios elementos militares “de confianza” esperaban la llegada de los aviones. Y entre ellos estaba, haciendo su trabajo de observador, Alan. Más atento a los hombres que a las armas, sus ojos trataban de captar alguna mirada o gesto sospechoso. Señas, palabras de doble sentido, comentarios. Algo que delatara una relación entre los recién llegados y los que los recibían entre aplausos y felicitaciones.

Un tipo recio y atlético, enfundada aún la cabeza en el casco de aviador, se acercó a Curtis. Le había estado observando desde lejos, y parecía vacilar entre la certidumbre y la duda. Al fin, no pudiendo contenerse más, dio una formidable palmada en la espalda al yanqui. Y se destocó.

—¡Que me maten si tú no eres mi paisano Curtis, del F. B. I., compadre! —gritó, con una voz capaz de ser oída en lo más profundo de un refugio antiaéreo.

Varias personas se volvieron a observar. Entre ellas estaban el comandante militar y D’Artois, ceñudos ambos y con un rictus indescifrable en el rostro.

Alan tuvo que hacer un violentísimo esfuerzo para no traicionarse. Sabiendo fija en él la atención general, contempló al recién llegado como si acabase de caer de la luna. Había simpatía y conmiseración en sus ojos, al responderle:

—¡Pues ya pueden ir preparando tu fosa, amigo! No sé quién eres, pero ganarías un concurso de planchas.

—Tú eres de Kentucky —aseguró nuevamente el piloto—. Supongo que sabrás dónde está Frankfort³...

—Naturalmente que lo sé —dijo Alan, sintiendo deseos de estrangular a su conocido—. Sobre el Maine, a igual distancia de Darmstadt que de Giefesen. ¿Es una lección de geografía?

El piloto se pasó una mano por la frente, como el que trata de

alejar una idea pertinaz, negándose a aceptar aquella situación. Mientras hacia sitio en su mente al nuevo orden de cosas, dudando si echarlo a broma o insistir, Alan se acercó a él y le oliscó el gaznate.

—Pues no, ¡no estás borracho! —dijo el legionario, como si hiciese un descubrimiento asombroso.

Al mismo tiempo alejó de su lado al aviador, dándole un empujón que le hizo tambalearse. Todo lo que había en el hombre de integridad y buena fe se sublevó ante el doble insulto.

—Te ajustaré las cuentas, “boche” —gritó—. Desde luego, tú no eres mi amigo: él hubiera sido incapaz de ofenderme...

Más tarde había de enterarse de la actuación meteórica del pseudo Hans y de cómo había salvado buena parte del material patrio. Pero en aquel momento dudó, furibundo, sobre si lanzarse contra el tipo que le afrentó a dirigirse a los lavabos para darse la ducha que su fatiga requería. Decidió tomar el incidente a broma, con una amplitud de criterio típicamente norteamericana.

—Estás medio dormido, legionario —explicó—, y el sueño forma telarañas en el cerebro. Pero si necesitas convencerte de que aún estoy en mis cabales...

—¡Vete al diablo, aviador! —replicó Alan, de mal talante—. ¡No me interesas lo bastante! Si algún día vas por Alemania tendré mucho gusto de recibirte en mi casa de la Friedchshaffen, en Hamburgo. En el número ochenta y dos tendrás siempre una jarra de Pilsen para despabilarte.

El incidente estaba zanjado. La mayor parte de los espectadores lo comentaron entre risas y bromas. Pero dos personas no sintieron tal indiferencia. Una de ellas era el comandante Lecroix, que deseaba saber la verdad, en provecho de su hija. El otro, D'Artois, cuyas sospechas habían adquirido de pronto dramática confirmación. Y como en él pensar y obrar eran simultáneos, decidió apresurar la marcha de Hanoi del presunto espía. Toda vez que había demostrado que sabía volar —y los que transportaron los pertrechos necesitaban descanso—, no costaría nada incluir el nombre del alemán entre la nueva tripulación. Dien Bien Fu —si llegaban a él— sería el cementerio donde un individuo se pudriría con su secreto.

Precisamente, D'Artois mandaba las fuerzas que protegían el campo. Y así, no le fue difícil incluir el nombre del falso alemán en la dotación de los transportes. Apenas iba a poder despedirse de Edith, a tener contacto con cualquiera que pudiese participar de sus confidencias.

Aquella prisa por alejar al yanqui le delató; aún más que el incidente de la paloma. Cuando Alan preguntó quién le designó para aquel raid sin esperanza, el nombre del jefe que dio la orden coincidía con el de un traidor y asesino. Más despreciable supuesto que vendía a su patria y se valía de su poder para sentenciar a inocentes.

Sintiendo un nudo de pavor en la garganta —y no por miedo de sí mismo, sino de sus compañeros—. Alan se enteró de que, por sus específicas condiciones de intrepidez y heroísmo, iba a ser nombrado jefa de la expedición de socorro. Lo que podía interpretarse como honor tenía un fúnebre y macabro sentido. Y una oculta significación.

En la guerra, como en todo, se jalea al que obtiene éxitos resonantes, y se suele olvidar a los que sufren derrotas. Por muy heroicas que sean. Así, el cerebro maquiavélico de D'Artois se complacía en humillar al otro pretendiente de Edith. Encontraba un modo sutil de vengar su postergación, llenando de fango al contrario. Las armas y medicamentos no llegarían a Dien Bien Fu. Y el culpable del fracaso sería el encargado de investigar los sabotajes, de hacer que llegasen a su destino los socorros.

Media hora más tarde, Alan revisaba a los seis individuos cuya frente estaba señalada por el sello de la muerte. Si Dios no hacía un milagro, aquellos siete aviones no llegarían a “la cubeta”. Ni sus ocupantes, vivos o muertos.

Las alas de una paloma iban a vencer, en su debilidad, a otras alas de metal; que una nación fraterna enviaba como socorro a seres condenados. El general De Castries esperaba inútilmente, una vez más, la ayuda de Occidente.

* * *

La escuadrilla volaba a unos cuatro mil metros, y los aparatos seguían elevándose. Era posible que alguno de los pilotos que iban a las órdenes de Alan extrañase aquella forma desusada de tomar altura, toda vez que—aparte del gasto mayor de esencia— suponía una notable pérdida de tiempo. Pero las órdenes que recibían por los cascos receptores eran tajantes: ¡debían seguir remontándose, sin preocuparse de otra cosa!

Ya habían perdido contacto con la base de Hanoi cuando les fue dada aquella extraña consigna. Y, pose a cuanto el comandante Lecroix despotricaba contra la disciplina, lo cierto es que Curtis fue obedecido ciegamente. Hay algo que puede más que el espíritu

castrense, y es el entusiasmo. Incita a obedecer y a emular. La conducta de Curtis era el espejo en el que sus hombres deseaban verse reflejados.

Nada más llegar a Hanoi, el americano —aunque alemán para todos— había salvado su avión averiado, apagando el incendio a una altura fantástica y con todas las probabilidades en contra. El balance de un aparato salvado y una docena de combatientes ilesos fue la resultante de su gesto. ¡Que culminó con la voladura de un polvorín enemigo y muchas bajas entre los guerrilleros!

Luego, al abastecer a Dien Bien Fu, Alan había sabido sacar ventaja de un percance. Nada menos que la salvaguardia de varios transportes contra los feroces “Migs”, de velocidad imposible de superar. Como se decía en el campamento, un bando de estorninos se libró de los voraces halcones.

Por ello, aunque la consigna era volar a escasa altura—para llegar cuanto antes al fortín sitiado—, los aviadores que secundaban a Curtis obedecían. ¿Ordenaba subir? Pues a elevarse hasta rozar el cielo, si era posible. Llenos todos de emulación y de un sentimiento deportivo de camaradería.

Marcaban ya los altímetros siete mil metros, y la frígida temperatura se hacía sentir. Los aviadores no iban provistos de traje especial y sentían los miembros envarados ya. No obstante, seguían animosos en sus puestos, esperando de modo subconsciente la explicación de aquella orden.

Dien Bien Fu está a una distancia de unos trescientos kilómetros de Hanoi, y ya habían recorrido la mayor parte del camino cuando vieron volar bajo ellos, pero llegando a su alcance a una velocidad meteórica, a un verdadero enjambre de cazas de reacción enemigos. ¡Parecían gigantescos peces voladores, con las bocas de los turborreactores abiertas con voracidad infinita!

Alan, que vigilaba, se dio cuenta del peligro; mejor dicho, recibió la confirmación de sus sospechas. Allí estaba el resultado de la traición y el crimen, dispuesto a convertir la ayuda humanitaria en medio del terrible caos de la guerra, en un montón de chatarra y restos calcinados. Los supervivientes languidecerían en sus lechos, donde les condujo el valor y la lealtad. Iban a ser vencidos en una segunda batalla, cobarde y solapada.

Y los artilleros e infantes, por su parte, esperarían, inútilmente, al pie de sus armas mal aprovisionadas, inmóviles. Todo por el vuelo fugitivo de una paloma que comunicaba planes al enemigo. ¡Planes de los propios aliados y compatriotas!

Cuando se estaban dando patentes lecciones de heroísmo, un

Judas vendía la sangre generosa y valiente de sus hermanos. Impedía la llegada del pan de la caridad, del estímulo viril del mundo, a seres que languidecían sin posibilidad de salvación.

El pensamiento de todo aquello, cruzando por la mente de Curtis con la celeridad de un relámpago, le inundó de una cólera justificada. Apretó los puños en torno a los mandos del avión y, por el casco transmisor, que no apartaba del rostro, ordenó:

—Detrás de mí todos, en picado, a la máxima velocidad. Proa a Dien Bien Fu, como si fuésemos a estrellarnos contra sus pistas de aterrizaje. Al que caiga en el camino, que Dios le ayude. Los demás solo variarán el rumbo cuando están protegidos por el fuego de cobertura.

Fue la orden más audaz transmitida por labios humanos desde que existen los modernos ingenios bélicos. Pero fue obedecida también con el más frío y decidido tesón. Porque, en realidad, no había otra escapatoria. Y los aviadores comprendieron que Curtis estaba tratando de salvar de nuevo a una formación aérea.

Cómo se había enterado o podido intuir aquel ataque de los “Mig” era un misterio. Insoluble por el momento. Pero lo cierto es que brindaba un medio de salvarse: el único técnicamente. La ascensión injustificada, primero, y el desplome después, cual si los motores no existiesen ni el miedo a morir destrozados alentase en ningún corazón.

Cuando un avión es perseguido en el aire, en sentido horizontal, el aviador atacado puede escapar a la muerte lanzándose en paracaídas. Lo que Alan exigía, dando el ejemplo, era mil veces peor. Porque de ser tocados por un impacto enemigo, el transporte alcanzado se desintegraría al producirse el estallido de sus pertrechos. Arrastrando en su atomización al piloto que lo dirigiese.

Pero había una sutil posibilidad. Dejándose caer, “materialmente”, el peso de la caída podía igualar y aun superar la velocidad de los “Mig”. Lo peor del asunto era que, en caso de perder el control en aquel hundimiento dantesco, EN LUGAR DE AUXILIAR A LOS DEFENSORES DE DIEN BIEN FU, LOS AVIONES BOMBARDEARIAN LA PROPIA POSICION. Aquella eventualidad solo podía afrontarla, y ordenarla, un loco o un genio.

Un hombre que tuviera fe en sus propios nervios y, además, en los de los hombres que mandaba. Una confianza sin límites, una seguridad infrahumana. Si su estrategia no daba resultado, y alguno de los aviones se estrellaba contra el suelo, sería considerado y juzgado como un saboteador.

Es el inconveniente de la iniciativa personal. Si se triunfa, los

halagos estarán frenados por no obedecer las órdenes recibidas. Si se fracasa, una doble repulsa, moral y material, sancionará su acto.

¡Pero Alan no había acudido a Indochina a recibir honores ni felicitaciones, sino a salvar vidas y material norteamericano de la asechanza y la traición!

“La cubeta”, el nido entre montañas que resistió durante meses oleadas ingentes de seres, se adivinaba a lo lejos—conforme los aviones descendían—, rodeado de cráteres y de voladuras. Aquel nido de valientes estaba rodeado de una muralla de árboles retorcidos y quemados, rocas, légamo y restos de aviones y material artillero destrozado.

A medida que los aviones bajaban, a aquella velocidad increíble, los “Mig” cesaron de acompañarles y de lanzar sus andanadas mortales. No les interesaba caer en la encerrona mortal. Y, además, pensaban que la víctima no escaparía. Si es difícil a un caza remontar un vuelo en picado, para un avión transporte el problema es pavoroso.

También corrían el riesgo de que los artilleros de Dien Bien Fu, atacantes y atacados, derribasen a los aparatos que tenían una forma tan original de aterrizar. Aunque sus líneas los identificaban como aparatos aliados, también los rebeldes disponían de aviones semejantes, que habían interceptado en algún suministro. Y podían lanzarlos llenos de metralla; la técnica de los “kamikazes” no estaba tan lejos en la historia bélica para ser olvidada.

Fueron momentos de tensión para Alan, agitado entre emociones diversas. Fuera ya de la amenaza de los “Mig” —a los que los antiaéreos de la posición perseguían con fuego graneado—, ordenó a sus hombres cortar gas y prepararse para trazar una curva trágica. ¿Responderían los mandos o, por el contrario, la inercia arrastraría a los aparatos como masas muertas?

—Desviad cinco grados a la izquierda —gritó por el altoparlante—. De ese modo, el que caiga hará el menor daño posible. Yo os daré ejemplo.

En cabeza, como iba, desvió y pareció enfilarse la copa de un árbol altísimo, que destacaba con las ramas calcinadas. Y cuando iba a tocarle con los alerones, desprendió el tren de aterrizaje —señal para los de Dien Bien Fu de no hostilidad— y atenazó la caña del timón de altura.

Haciéndola ballestear, pareció sumergirse en un pozo sin fondo. Del que le arrancó, de modo doloroso, la succión del aire al perder su presa. Una graciosa curva culminó su acción. Y en el acto, Alan se volvió para contemplar la maniobra del resto de sus hombres.

Fueron segundos mortales, al cabo de los cuales respiró.

Fieles seguidores de su consigna, electrizados por el ejemplo y la valentía del yanqui, los pilotos que le secundaban realizaron un giro simétrico. Con la misma perfección que si estuviesen en un concurso aeronáutico. Con una sincronía maravillosa, deseo concertante de su serenidad, ya que el menor fallo suponía cavarse la propia Sepultura.

Fue audible, a través del casco receptor, el suspiro de Curtis, al contemplar la faena. Y lanzó su voz de aliento a los que le habían secundado.

—¡Bravo, muchachos! —dijo—. Ahora id planeando y tomad tierra a veinte metros unos de otros. Primero, los números pares de la escuadrilla, mientras los otros aguardan que las pistas sean despejadas. ¡Mucha atención al fuego de fusilería!

Esta última advertencia no era inmotivada, pues desde las posiciones que cercaban la fortaleza se podía acertar a los aviones, e interesarlos en alguna parte vital. Poco a poco, mientras Alan esperaba que la maniobra se realizase, vigilando siempre desde el aire, se fueron posando los aparatos, y dirigiéndose hacia el hangar que les señalaba desde tierra, mientras un infierno de metralla buscaba sus entrañas metálicas.

¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

IX



EINTE minutos más tarde, el éxito había culminado la tercera empresa de Alan Curtis. No tuvo la satisfacción de ser saludado personalmente por De Castries, que hostilizaba a los enemigos desde la posición Isabelle. Pero un lugarteniente le habló, llevándole aparte, mientras le oprimía un brazo contesto de cordialidad.

—Es extraordinaria—le dijo—la cantidad de fenómenos acústicos que se producen en la radio, debido a las malas condiciones atmosféricas. ¿Quiere usted creer, amigo mío, que me pareció captar la orden de detener a un alemán, por desobediencia y no sé qué otras zarandajas? Afortunadamente, una interferencia me impidió oír nombre y apellidos.

—Convendría arreglar la emisora —contestó Alan, riendo.

—Pero ¿cuál? —preguntó el francés, irónico—. ¿La nuestra o la de Hanoi?

Nunca estuvo Alan tan cerca de confiarse a una persona. Simpático y leal, lleno de un optimismo moderado, su interlocutor trasuntaba nobleza. Y realmente, Alan tenía permiso de sus jefes para sincerarse cuando lo considerase oportuno. Prefirió esperar, no obstante. Había fallado una vez, y no deseaba incurrir en el mismo error.

Acompañado del militar, empezó a recorrer las instalaciones del campo, mientras sus hombres ponían a resguardo armas, víveres y medicinas. Y el francés se mostró a la altura de un verdadero “cicerone”, de un guía, que tuviese que hablar a gritos, ya que el tableteo de las armas automáticas y el silbido de obuses y morteros no permitían entenderse de otro modo.

—Esto —decía, señalando con su mano todo el perímetro del fortín— fue en tiempos un poblado indecente, sin mención en los mapas. Un nido de contrabandistas de opio, de donde salían caravanas para todos los puntos de Asia. El año pasado, gracias al general Navarre, se convirtió en fortaleza, y asomó por primera vez

a los titulares de los periódicos. Ocho puntos de apoyo le defienden, y sus dos pistas de aterrizaje, ahora devastadas, son providenciales.

—¿Muchos compañeros? —preguntó Alan, señalando a su uniforme.

—“Se dice” que hay quince batallones, entre legionarios, senegaleses y marroquíes; pero tenemos enfrente las mejores tropas rebeldes, servidas por especialistas chinos. Es difícil que los malditos rebasen las seis líneas de alambradas, y se van dejando en ellas las uñas y los dientes. Lo malo es —añadió, jocoso—que, aun desdentados y sin manas, atacan. Venga a verlos, si gusta...

La artillería estaba a la sazón embistiendo con denuedo. Los dos hombres caminaban a lo largo de una sinuosa trinchera, erizada de bastiones angulares. Y a su alrededor caían trozos de metralla, y las balas se clavaban en tierra. Los defensores apenas asomaban de sus parapetos, cuidándose tan solo de vigilar y de servir obuses a las piezas artilleras. En realidad, aquella era una guerra de posiciones, en la que el desgaste y la acometividad correspondían a los atacantes.

Estos empleaban las tácticas más disparatadas. Unas veces acudían con largas pértigas de bambú, en cuyos extremos llevaban amarradas bombas de mano. De tal suerte, que, al caer el poseedor de la caña, esta hacía explosión con su contenido, destruyendo. Era el sacrificio mayor que los resultados prácticos, pero parecía que en el otro bando el elemento humano no contaba. Los combatientes se renovaban sin interrupción, sin optimismo ni desánimo, en un automatismo que reflejaba atrofia de sensaciones: ebrios, fanáticos... ¡o sentenciados!

En otras ocasiones, los del Vietminh empleaban el procedimiento del “salto de rana”; una acometida absurda y catastrófica, cruel desde todos los puntos de vista. El enemigo lanzaba seres a la muerte sin salvaguardia, amparándose solo en el número que decuplicaba el de los sitiados y sus elementos de combate.

La técnica—si puede llamarse así a la “masacre” que Alan estaba presenciando gracias a los gemelos dotados de periscopio—era absurda y horripilante. Los rebeldes avanzaban en oleadas, cayendo segados por el flagelo de las armas automáticas. Y los que conseguían llegar a una posición delante de sus trincheras propias excavaban rápidamente hoyos en el terreno fangoso, y permanecían allí parapetados, hasta recibir refuerzos. Resultaba más económico en vidas que lanzar millares de seres ante las bocas de las ametralladoras, pero más risibles en sus resultados. Los elementos

infiltrados hasta el borde de las posiciones francesas permanecían allí agazapados, esperando la coyuntura que no llegaría nunca.

—Ahora les suministraremos su ración diaria —explicó el guía de Alan, distinguiendo maravillosamente entre el caos de ruidos un nuevo sonido—. ¡Ya están ahí nuestras alas!

En efecto, hasta una docena de aviones de bombardeo llegaron cargados de explosivos. Despacio al principio, como en una proyección con cámara lenta, se fueron desprendiendo los artefactos de las entrañas de acero, y, de la parte inferior de los fuselajes, bombas incendiarias y explosivas cayeron, formando un verdadero cerco de fuego. La tierra parecía temblar al recibir los impactos, sacudía a los microbios humanos, que agitaban su paz milenaria. Un polvillo ocre, acrecentado por el humo de la pólvora, empezó a formar una espesa neblina.

—¡Y ahora nos llega a nosotros la nuestra! —terminó él lugarteniente de De Castries, levantándose del suelo.

Se había arrojado a él durante los breves minutos en que los aviones aliados descargaron su metralla. La tranquilidad de que había dado maestras hasta entonces desapareció. Un nerviosismo sutil, adivinado más que entrevisto, le posesionó. Y tenía que justificar su actuación, una vez más.

—Venga por aquí, aviador —dijo a Alan—. Los rebeldes aprovecharán la neblina que forma el bombardeo para atacarnos. Y es posible que tengamos que llegar al cuerpo a cuerpo.

Un verdadero infierno se desarrolló a continuación. De todas partes parecían surgir llamaradas de fuego, mensajes de muerte, dirigidos con una ferocidad dantesca. De las líneas rebeldes y de las francesas surgió un torrente devastador de metal en fusión. Como si dos monstruos megalíticos se atacasen, lanzándose bocanadas de aliento emponzoñado; la duplica y la réplica eran simultáneas, y semejantes en intensidad y furia.

Era un verdadero tomado de plomo, un ciclón que trataba de epatar a las fuerzas desatadas de la Naturaleza. Y en realidad, llegaba a aumentar su efecto destructor, su furia vesánica, en el momento en que se pensaba que aquella devastación, aquella muerte, estaba razonadamente dirigida contra vidas e intereses humanos. Cuando la Naturaleza ataca, no lo hace teniendo en cuenta la concentración de seres vivos. Lo mismo se desarrollan sus fenómenos en una ciudad populosa que en un desierto o en un páramo deshabitado. Pero allí había verdadera maldad, ensañamiento; una sagaz e inteligente previsión, para no desperdiciar munición ni ingenios bélicos, para matar la mayor

cantidad de personas en el menor tiempo posible.

Los ayes de los heridos, de los seres que sentían sus entrañas desgarradas y sus miembros dispersos, de los enfermos, que en su fiebre querían salir de aquel hervor homicida y escapar, debían formar un concierto infernal, digno del escenario salvaje y del salvajismo envolvente. Pero no se oían. Si acaso, podían escucharse las quejas de los seres que a poca distancia se retorcían en espasmos. El resto de los clamores los ahogaban el bramido de las armas mecánicas, de los artificios de muerte» Y aumentaban su furia, como si quisieran apoderarse del mundo entero, estrujarlo entre sus garras y borrar la semilla de la especie humana del universo.

Entre nubes de polvo, humo y el acre olor de los explosivos — pólvora, cordita y T. N. T.—, las ráfagas de fuego atravesaban las sombras, producidas, en pleno día por la hecatombe. Balas trazadoras y “dumdum”, morteros que abrían su roja floración de sus entrañas vomitando plomo y metralla, obuses de explosión retardada, o que estallaban en el espacio, a mitad de Su vuelo... Y sobre todo ello, como una culminación horrenda, hombres llenos de sangre y de tizne, clavando sus garras en los gatillos de las armas. Esperando ver delante de sí a seres medio desnudos, lanzando su catarata de gritos horripilantes, sus vivas a Ho-Chi-Minh y a “la libertad”.

Alan y su acompañante estaban frente a un teléfono de campaña. Con un arma preparada, el yanqui; con el oído tenso y todas las fibras en tensión, el francés. Gotas de sudor perlaban la frente del hombre que escuchaba tan solo, denotando el terrible esfuerzo mental que se requería de él. De cuando en cuando daba órdenes breves y tajantes, consignas drásticas y sentencias de muerte colectivas. Para los defensores acorralados en un fortín o contra los que les atacaban, feroces.

—Volad la mina seis... Replegaos a retaguardia, a la segunda trinchera. Esperad como sea: ¡vamos en vuestra ayuda!

Y surgían nuevas órdenes a otros teléfonos conectados, de modo mecánico. Tratando siempre de economizar fuerzas y armamento, porque el Occidente no llegaba a tiempo de Surtirlos, porque los propios compatriotas estaban fomentando la traición contra un puñado de valientes.

—Tengo que irme, amigo —dijo el, francés, al cabo—. La posición Beatriz, a mil doscientos metros de altura, pide ayuda. ¡Quédese usted! Necesita descansar.

—¿Con este ruido? —exclamó Alan, sonriendo—. No me sería

posible. Le acompañaré, mientras me lo permita...

Por las toperas humanas que recibían el nombre de trincheras, excavadas pacientemente hasta alcanzar dos pisos bajo tierra, minadas para caso de ser ocupadas por el enemigo, avanzaron los dos hombres en silencio, uno detrás del otro. Al cabo llegaron a una serie de escalones de madera, contruidos allí por los de fortificación para evitar su desgaste, y subieron hasta la superficie. Casi enfrente de ellos estaban preparados ya varios coches blindados y tanques, dispuestos a avanzar en cuña hasta llegar a la posición copada. Ladera arriba, y arrastrando un verdadero huracán de metralla. Entraron en un tanque, y se pusieron en marcha.

Mientras los artilleros propios trataban de neutralizar a los enemigos, la caravana avanzó entre un caos de árboles, rocas y cascajo. Las balas rebotaban sobre los blindajes, produciendo extraño diapasón, y uno de los tanques abrió fuego en abanico, deteniéndose. Se trataba de un valiente, que se cerraban sí mismo la retirada, al concentrar la atención en torno suyo. Pero posibilitaba así la ascensión de los demás hasta donde estaban las tropas diezmadas.

—El coronel telegrafía pidiendo refuerzos, ahora —dijo el francés que acompañaba a Alan—. Esperemos que los paracaidistas no se hagan esperar.

—¿Y las tropas de infantería? —preguntó el yanqui, con muy buen sentido.

La mirada que le lanzó su interlocutor le hizo temblar de miedo, de auténtico pavor. Y las palabras que vinieron a continuación apenas fueron necesarias.

—Todo eso es propaganda —dijo el defensor—. Una verdad muy relativa, para el mundo exterior. Lo cierto es que apenas tenemos ocho mil hombres en pie de guerra. ¡Y son necesarios para defender el fortín principal y las pistas de aterrizaje!

Alan carraspeó, pero no dijo nada. Pensó en la inutilidad de mantener aquel tinglado militar, e iba a decirlo así; pero se contuvo, comprendiendo. Para evacuar a aquel reducido número de personas, se necesitaba un contingente cinco vetes mayor. Que, a su vez, precisaría de otras fuerzas en la misma proporción geométrica. Los hombres de Dien-Bien-Fu estaban condenados a muerte. ¡Y lo peor del caso es que ellos mismos lo sabían!

Todo lo que había en Alan de justo o de justiciero se rebeló al enfocar el siniestro panorama. Ho-Chi-Minh, el rebelde a los japoneses, que con Nguyen Giap proclamó la insurrección, no era un patriota desorientado. Era un tipo a sueldo de una potencia

extranjera, un verdadero asesino. No le importaban las fuerzas que costase arrasar a Dien Bien Fu: lo que le interesaba es que la ciudadela cayese para esgrimir aquella victoria como argumento diplomático. Y luego someter a su patria a un caudillaje más duro y feroz, más despiadado que la dominación francesa. Sus compatriotas serían en lo sucesivo galeotes de una potencia guerrera, que disimula sus apetencias imperialistas. La U. R. S. S. dejará de abolir fronteras cuando todas las naciones del mundo estén unificadas bajo su telón. De acero, de hierro, de bambú o de “caña de azúcar”, resultará igualmente opresor y amargo para los “beneficiados”.

Los camiones y los tanques estaban llegando a las cotas que protegían la posición Beatriz. Colaborando con los sitiados del fortín, ayudados a la vez por los cañones de otros fuertes, se extendieron los fuegos cruzados. Una verdadera mortandad se ofrecía a los ojos de Alan, como anticipo de derrota. Los rebeldes caían, segados desde todos los ángulos, sin saber dónde protegerse ni refugiarse. Un exaltado avanzó con un par de bombas explosivas en las manos, y se lanzó en una embestida contra uno de los tanques. El aparato se inmovilizó de un lado, al ser destruida una serie de cadenas; pero así y todo, aniquiló a su destructor. Giró sobre un costado, como una navecilla que mueve un solo remo, y cogió en el centro de su evolución al dinamitero. El tipo se retorció en el suelo, quedando hincado en él.

Un enjambre de soldados del Vietminh se arremolinó en torno al coloso mecánico, tratando de atacarle como avispas enfurecidas. Rehuyendo los ángulos de tiro de las ametralladoras y del cañón ligero, semejaban perros acosando a un tigre moribundo. Y en el último momento —cuando ya sus compañeros se habían alejado suficiente—, el coloso reventó, desparramando la muerte alrededor.

Alan, pese a su probado valor, sintió náuseas. Tuvo que dejar de mirar por una de las aspilleras metálicas. Y oyó la voz de su instructor, que le palmeaba afectuosamente en el hombro.

—La muerte es igual para todos —dijo el francés—, pero se combate mejor desde el aire, ¿eh, amiguito?

Alan venció su repugnancia, y se puso en pie de nuevo. Sentía el acicate del estímulo, el latigazo de una ironía sin maldad. Y cuando el convoy de socorro llegó a la posición Beatriz, se lanzó, con una ametralladora en la mano, hacia unas rocas peladas, haciendo converger los ataques enemigos. Parecía que diez bocas de fuego defendían aquel improvisado reduto.

No sintió apenas, los balazos que mordieron su carne. Lo único

efectivo es que concentró de tal modo los ataques enemigos, que permitió a sus aliados atacar concéntricamente, y hacer una verdadera matanza. Hasta el punto que, una hora más tarde, la posición Beatriz quedaba nuevamente consolidada. Quizá para poco tiempo; pero a salvo, una vez más, para la causa de la civilización.

* * *

Después de haber sido operado y extraídas las balas que trataban de lastrarle el pozo infinito, Alan se sumió en un profundo sueño. Alterado por delirios y pesadillas febriles, sus labios murmuraron palabras que descubrían su identidad y sus pensamientos más íntimos. Hasta el punto que el francés que él vigilaba —pasado ya el momento de peligro y encalmadas las hostilidades— comprendió la ingente labor que aquel falso alemán estaba haciendo a favor de su patria.

No fue necesario el suero de la verdad—la “Escopolamina ni hipnososis” o lavados cerebrales—para que Curtis dejase todo lo que había hecho, y aun lo que pensaba hacer por la causa de Francia. Y el hombre que escuchaba la confesión espontánea, inconsciente, sintió un turbador efecto al oírle. Sin querer, había ofendido con ironías a un hombre que se jugaba la vida por Francia sin interés mercenario.

Aquel herido no era un legionario, pero combatió desde sus filas, sujetándose a un convenio firmado. Y que había rubricado, ratificándolo con su propia sangre. Por consiguiente, reconocida su bondad y valentía, lo que interesaba es que el hombre siguiese su labor; descubrir a los traidores que combatían desde retaguardia.

De tal modo, inconsciente aún, Alan Curtis fue uno de los cinco hombres evacuados de Dien-Bien-Fu en helicóptero. El 7 de mayo, un par de días más tarde, la radio roja de Pekín comunicaba que la posición Isabelle había caído, al fin. El telón había descendido sobre una epopeya trágica, sobre una apoteosis de heroísmo y de sangre.

El último mensaje del coronel De Castries fue conciso: “Los puntos fortificados en el centro de mi campo están siendo dominados. La resistencia se ha hecho imposible”.

Desde 1946, que empezó la guerra de Indochina, un balance de más de 400.000 bajas para la Unión Francesa tenía, como colofón, la ruina de un puñado de valientes. Pero Francia podía decir, segura de sus palabras, que entre ellos no había desertores ni cobardes.

EPILOGO



ECOSTADO en un blando lecho, en una habitación soleada y espaciosa, Alan Curtis abrió los ojos a los tres días de ser evacuado. Había permanecido todo aquel tiempo inconsciente, y en su fuero interno se creía aún en la heroica fortaleza. Por tanto, le extrañó aquel exceso de claridad, toda vez que en Dien Bien Fu la vida se desarrollaba en verdaderas toperas subterráneas. Le extrañó asimismo el silencio, ya que en la fortaleza, aquellas pausas de quietud absoluta no existían.

Otros heridos dormían o se contorsionaban en sus camas, cerca de él. La primera impresión de Curtis, al despertar, era que tenía el cuerpo envarado, paralítico. Hasta tal punto estaba materialmente cubierto de vendajes, que le fajaban como a un recién nacido. No otra cosa era él, en cierto modo; estuvo tan cerca de la muerte, que podía decirse, con propiedad, que volvía a la vida por el camino en pendiente de la convalecencia.

Luego de despertarse, y de ser auxiliado, por una enfermera con agua fresca y una tisana de caldo, volvió a su modorra. No cambió una palabra con su auxiliar femenino. Pese a su extrañeza por el raro ambiente, su debilidad era tan extrema, que le mantenía en una especie de nirvana, entre dulce y doliente.

Pero la enfermera sí que se precipitó, luego de ayudarle y tenderle, hacia un teléfono inmediato. Puesta comunicación con quien deseaba, sus primeras palabras denotaron avidez y simpatía.

—Miss Lecroix —dijo—: “su” enfermo acaba de recuperar el conocimiento...

—Enseguida voy para allá —contestó la hija del comandante, denotando cierta alteración en la voz.

—Pero ¡si ha vuelto a dormirse!... Usted, por el contrario, necesita descansar. Durante estos tres días pasados...

Estaba hablando sola. Al otro extremo de la línea, una mujer enamorada, impulsiva y vehemente, había colgado el teléfono. La

enfermera sonrió. Cuando el amor ocupa todas las potencias del alma, puede hacerse abstracción del sueño, la fatiga y todas las necesidades físicas. *Mademoiselle* Lecroix volvería a inclinarse, anhelante, sobre el lecho donde había permanecido por espacio de más de setenta horas. Ganándose con ello la repulsa de su padre, que deseaba ser atendido “también”.

Pero esta protesta tenía más de nominal que de efectiva. El comandante, amigo de polemizar y de llevar la contraria por sistema, no era tan rijoso como parecía. Por el contrario, observó en su hija una patente felicidad, en medio de la angustia del estado de Alan, que le demostraba el cariño que el aventurero había sabido conquistar. Una dicha nueva bañaba los ojos azules de Edith, iluminando su rostro pálido y demacrado.

Jamás había visto a su hija con aquella tan patente alegría a lo largo de sus relaciones con D'Artois. Pese a la obsequiosa cortesanía del compatriota, a sus maneras suaves y cordiales, había algo en él que repugnaba íntimamente a la joven. Y es que, según un célebre pensador, “el corazón tiene razones que la razón desconoce”. Y si pintan ciego al diosecillo emparejador o con una venda, posee también una formidable intuición.

Edith corría desalentada por las salas, sin tratar de moderar su impaciencia, su ansiedad. Su corazón había sufrido las mismas oscilaciones angustiosas de la gráfica en que iba reflejándose la temperatura de Alan: de raptos febriles a una atonía en el pulso y el color.

La joven no dedicaba sus esfuerzos solamente al cuidado de Curtis, aunque, durante los últimos días, lo antepuso a otros veteranos del hospital. Claro está que el hecho tenía muchas y notables explicaciones, entre las que la valentía de Alan y el afecto que por él sentía no eran las menos importantes.

Atravesando grandes espacios, cubiertos materialmente de lechos, dando rodeos y pequeños saltos para no pisar las camas improvisadas en el suelo, Edith parecía una cervatilla ágil y briosa. Los colores —esfuerzo y rubor— encendían su rostro y lo transfiguraban. Su mirada trataba de ganar velocidad a sus pasos, atisbando la estancia de Alan. Y, al fin, llegó a ella.

El yanqui no estaba solo en aquella habitación. Otros tres evacuados de Hanoi permanecían allí; vigilados de cerca por un centinela, que la previsión del comandante puso de guardia permanente. Se barruntaba que algún periodista pudiera penetrar a preguntarles noticias de la heroica fortaleza, a molestarlos dentro de su gravedad, con el afán voraz e indiscreto de la Prensa. Y

aquella precaución, de modo involuntario así como la presencia constante de Edith—, libró a Curtis de una última asechanza. D'Artois no tuvo posibilidad material de inmolar a su enemigo.

La imaginación del traidor creaba una serie de peligros que tenía que destruir, para que no fueran en detrimento de su misión. Ciertamente que el éxito de la caída de Dien Bien Fu podía atribuírsele en gran parte, ya que evitó la mayoría de los aprovisionamientos de la plaza sitiada. Desde su punto de vista, su labor había terminado provechosamente.

Pero el amo a quién servía no pareció satisfecho de las sugerencias. Era un déspota, que carecía de sentimentalismos, de gratitud y otros prejuicios “burgueses”. Y exigía a sus hombres una devoción infinita, una persistencia a pie firme en cualquier zona de peligro. Acostumbrado a manejar autómatas, cualquier brote de personalidad e individualismo le ofendía y encolerizaba.

Hugo d'Artois recibió, pues, la orden de permanecer al pie del cañón. Su puesto era Hanoi, y debía serlo hasta que acabase la contienda. Entonces, si el resultado de la guerra era favorable, recibiría un premio. Que consistiría, a bien seguro, en otra misión no menos peligrosa y agotadora en otro lugar del mundo. El francés traidor comprendió un poco tarde los inconvenientes de un pacto con el diablo.

No tenía otra opción que esperar, luchando una verdadera batalla contra sus nervios, contra el propio instinto de conservación. Ciertamente que al principio tuvo la secreta ilusión de que el malherido Curtis sucumbiera, como le ocurrió a otros de los evacuados, al que no se le pudo atajar una gangrena progresiva. Pero al recibir noticias de que Alan había recuperado el conocimiento, se dispuso a jugar su última baza.

Edith esperó durante horas el despertar de Alan. Y este, al abrir los ojos y ver junto a él a la joven, sufrió un terrible sobresalto. Pensó que desvariaba —aún tenía fiebre—, ya que no era lógico que Edith se hubiera desplazado a Dien Bien Fu, donde él creía encontrarse todavía. La tortuosa idea de que la joven fuese enemiga de su país—y de él, por consecuencia—se desvaneció bien pronto. Nada más ver en los hermosos ojos azules un caudal de lágrimas —alegría y emoción—, que se deslizaban por la suave curva de las mejillas.

—Debo hablarte, querida —dijo Alan, con voz pastosa—. ¡Y muy en serio!

No otra cosa quería la joven, inclinada sobre el camastro del herido con la misma devoción que si lo hiciese ante un altar.

Contuvo el torrente de ternuras que pugnaba por salir de sus labios, e hizo una leve señal afirmativa. En ella lo decía todo, sin palabras; se sometía, amorosa y resignada, al deseo del hombre que había elegido para dueño de su vida.

—Lo primero de todo —empezó el yanqui—es que yo no soy quien represento... Y si me hallo en Dien-Bien-Fu es porque...

Un suspiro agitó el pecho femenino.

—Tú no estás en Dien Bien Fu —susurró ella, después—. Y lo peor es que esa heroica plaza ya no pertenece a Francia, por el momento. Fuiste evacuado unas horas antes de su caída. No sé por quién, pero le bendigo desde el fondo de mi alma.

Alan tuvo que reajustar sus pensamientos a aquella dolorosa noticia. Se alegró egoístamente por Edith, y entonces comprendió claramente. Pero sus palabras no podían ser detenidas en aquella circunstancia, pese al evidente deseo de Edith de calmarlo. Si se hallaba milagrosamente en Hanoi, Hugo d'Artois no debía estar muy lejos, con sus malditas asechanzas.

—Tu prometido... —siguió.

—Si te refieres a Hugo —rectificó Edith, sonriendo suavemente—, “él” no es mi prometido. Es nada más que un compatriota...

—Hay algo más que eso —corrigió Alan, tomando una de las manitas blancas y afelpadas, hasta sentir que se le transmitían su temblor y su frescura—: es un traidor y un asesino. ¡Y no creas que deliro! —añadió, apretando la mano con más firmeza.

A continuación, ante el estupor doloroso de la muchacha, Alan le refirió su personalidad y su misión, las pesquisas hechas desde su llegada a Hanoi y cómo había podido destruir parte de las maquinaciones del gran espía. La joven enarcó las mandíbulas, voluntariosa, absolutamente crédula. Ni una vez se le ocurrió sospechar que Alan desvariaba. Además, los datos prácticos que él le suministró la hicieron comprender que estaba ante un oráculo.

Comprendió entonces el incidente del aeródromo, que su padre explicó, entre burlón y divertido. La elección por D'Artois de Curtis como jefe de una escuadrilla que no había de volver; “atención” que motivó “a posteriori” la ruptura de Edith con su pretendiente. Comprendió con pavor que la vida de Alan no estaba segura desde el momento en que rebasó la crisis, y una verdadera tortura moral empezó a agitarla. Pero Alan pareció hacerse cargo de su problema moral, al decirle:

—He dormido durante tres o cuatro días como un verdadero lirón. Los mismos que tú te has conservado insomne, luchando contra la fatiga. Por tanto, querida, creo lo más oportuno que te

vayas a casa.

—¡No lo haré! —casi gritó la joven, excitada—. Por el contrario, ordenaré que te trasladen a casa, y allí, mi padre y yo nos turnaremos para vigilarte. En cuanto a Hugo...

Convaleciente y todo, Curtis demostró que no era fácil de manejar.

—Tú te irás a casita o seguirás aquí, como quieras —la dijo—. Pero D'Artois es cosa mía, y no toleraré que te inmiscuyas. No poseo muchas pruebas contra él —terminó—, y el mismo individuo debe facilitarme la última.

—¿A costa de tu vida? —preguntó Edith, temblorosa.

—De cualquier modo —aseguró Alan—. Lo único que puedes hacer, en mi obsequio, es facilitarme un arma... ¡y dormir!

El consejo era más fácil de dar que de seguir. Pero una especie de fuerza nueva, enérgica y briosa, se iba abriendo paso entre los temores de la joven. Sin duda pensó que, en última instancia, Alan se desligaría de ella si la consideraba un estorbo. Y prefirió contemporizar. Se reclinó sobre la silla donde estaba sentada y se dispuso no a dormir, sino a vigilar, en una expectación engañosa. Saltaría como una leona para defender al hombre amado; pero, mientras esto sucedía, simularía plegarse a sus deseos.

Sin embargo, sus fuerzas físicas la abandonaron bien pronto. Al pensar que Alan estaba en franca convalecencia, y que no parecía lógico que el valiente hubiera ascendido toda una serie de escalones victoriosos para fracasar después, cerca ya de la cumbre. Así, el duermevela inicial fue sustituido paulatinamente por un sueño normal y reparador.

Toda la sala dormía, coincidiendo con las sombras crepusculares. Alguna que otra enfermera se inclinaba de cuando en cuando sobre los enfermos o heridos que se agitaban en sus lechos, calmándolos con palabras y cuidados. El centinela puesto por el comandante a la puerta de la habitación “de los de Dien Bien Fu” presentó armas al ver acercarse la figura marcial y aguerrida de Hugo d'Artois.

El traidor lanzó una mirada irónica a la durmiente, y al odiado rival, que parecía languidecer en el lecho. Ordenó al vigilante que los dejase solos, mientras él permanecía dentro de la estancia.

—Vete a tomar un café —aconsejó—. Y vete tranquilo, porque, mientras yo permanezca aquí, ningún periodista interrogará a los muchachos.

El centinela obedeció la orden que venía a relevarle de un trabajo monótono y aburrido. Sus pasos resonaron hacia el exterior,

a la débil luz de las bombillas, veladas por pantallas. Y Hugo avanzó hacia el camastro donde Alan reposaba con los ojos cerrados.

Sobre una mesilla, en la cabecera, había una tisana con un febrífugo, y el criminal vertió en su interior unas gotas, que sacó de un frasquito oculto. Luego, como un buen samaritano, trató de poner en postura adecuada a Alan para incitarle a beber la pócima.

Un doble grito le demostró que había sido descubierto. Edith se abalanzó sobre él, y una mano, que no parecía afectada por la fiebre ni la debilidad, atenazó su muñeca. Al mismo tiempo, una voz fuerte y viril le increpó:

—Así quería verte, traidor: en pleno intento de asesinato... ¡Ahora, tengo una prueba, que te pondrá frente al piquete de ejecución!

Como en una pesadilla dantesca, Hugo vio aparecer al confiado centinela, que había fingido acceder a su deseo y alejarse. La hija del comandante le contemplaba con gesto de repulsión, y el yanqui, el auténtico legionario del F. B. I., se recreaba ante su pasmo y trataba de saltar del lecho.

Una furia sorda, de fiera acorralada, de ser que pierde el control del cerebro y se ofusca, dominó al francés. Y al echar mano al último recurso, al de la violencia, el arma de fuego que pretendió esgrimir le fue arrebatada de la mano por un hombre que, poseía una resistencia física insuperable.

En la ludia, del revólver de D'Artois se disparó un tiro, que fue a perderse, inofensivo, en el techo de la habitación. Pero a su conjuro, como en un aquelarre demoníaco, docenas y cientos de voces y gritos se alzaron, formando un pandemónium. Al ver a su enemigo en posesión de otra arma de fuego y de la droga que le denunciaría como envenenador, Hugo dio un salto de costado. Su pulso no podía ser certero en aquella semioscuridad.

También en ello se equivocaba. Un balazo le clavó su dentellada en una pierna. Y esto fue debido a que Alan no pretendió matarlo, sino conservar su vida para llegar a una aclaración de los hechos, a descubrir las ramificaciones de aquella red de saboteadores.

El francés disparó, cuando Edith se había lanzado en valiente parapeto sobre el hombre amado. Y una verdadera descarga abatió al traidor, sin darle ocasión a continuar su mortífera tarea.

El centinela, que conservaba su fusil, había aplicado el castigo que debe darse a los traidores. Disparó íntegro su cargador sobre la espalda de un oficial francés, al que debía obediencia. Pero es que cierta consigna, transmitida por el comandante militar de Hanoi,

telefónicamente, en virtud de cierta aclaración de Edith, le obligaba a defender a Alan Curtis contra todo y contra todos.

Edith estaba apoyada en el lecho del agente especial, sujeta por los brazos viriles del americano. Había pasado el momento de peligro, pero no se había desvanecido aún la tensión. El traidor era apenas un pingajo sangrante y agónico.

—¿Llegó a herirte, querida? —preguntó Alan, abundando en el dulce calificativo.

—No... no creo —susurró la joven—. Pero estoy... muy... asustada.

Una festiva risa pareció algo extemporáneo en aquel lugar donde solo dolor y lágrimas imperaban. Pero es que la personalidad de Alan sabía formar clímax adecuado a sus planea en cualquier momento y lugar. Atrayendo aún más a la joven hacia él, la dijo al oído:

—¡Eso se cura con una medicina muy sencilla, y de la que tengo abundante provisión!

Procedió a una extraña pantomima, pero de resaltados maravillosos. Simplemente, a besar a la joven, con rápida suavidad, en la frente, en las mejillas, en los ojos. Un vigor nuevo, una ausencia de pánico dominó a la temerosa. Y al recibir el beso de Alan en los labios, una muchachita medrosa se había transformado también en una heroína.

—No llegué a ver “al Ángel de Dien. Bien Fu” en mi rápida visita —musitó Alan—; pero tengo aquí el de Hanoi, que no desmerece en nada...

—¿Tú crees?... —preguntó Edith, desprendiéndose, sonrojada, de los brazos de su curandero.

Una expresión extraña, nueva y maravillosa, aureolaba su rostro, en el que los cabellos formaban un halo dorado, suave y Sedoso. Y en los ojos brillaba una lucecita recóndita.

—Ven que te lo “explique” de nuevo —casi exigió Alan.

Indudablemente estaba en plena convalecencia. Y tan entusiasmado, que ni siquiera las palabras de Edith le dieron que pensar.

—Explícaselo al padre, antes —alentó ella.

—¿A mi comandante? —preguntó Curtis.

—No. Al padre Paul, veterano misionero de Hanoi. Y además, un admirador tuyo.

COLECCIONES DE EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

NOVELISTAS DE HOY

Obras inéditas de gran altura literaria, por autores de fama internacional, con una presentación exquisita.

Publicación semanal — 5 Ptas.

AVENTURAS DEL F. B. I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

Publicación quincenal 1,25 Pts.

EXTRA DEL OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

PROEZAS

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

PEPOTE

Magnífica y original revista de humor para MAYORES, impresa a todo color con la colaboración de los mejores dibujantes humoristas.

Publicación quincenal — 3 Pts.

JEQUE BLANCO

Única serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todas las partes del mundo.

Publicación quincenal 1,25 Pts.

F. B. I.

¡LA COLECCION SIN RIVAL!

Notas

[←1]

El indonesio, propiamente dicho, no existe como idioma. Está desvirtuado por una mezcla de dialectos, algunos de los cuales, tales como el viet, semang, laotense, pnong y bahar, son, más puros en su raíz etimológica. (*N. del T.*)

[←2]

Las palomas mensajeras son de tamaño menor que las de tipo doméstico. (N. del E.)

[←3]

Frankfort, capital de Kentucky, Estado de la Unión. (*N. del T.*)